ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

CRUZ Y CORONA,

DRAMA HISTÓRICO

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ G. DE CABIEDES.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

ADICION AL CATÁLOGO DE 30 DE ABRIL DE 1878.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galer.a.
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
14	11	Acompaño á usted en el sentimiento	1	D. Ricardo de la Vega..	Todo.
2	3	Afinador y mártir—j. o. p....	1	Luis Taboada.......	»
»	»	Arte y corazon—d. o. p......	1	Sres. Fuentes y Arjona..	»
3	2	Caer en la trampa—c. o. p....	1	D. Eduardo S. Castilla..	»
4	1	Casí siempre—d. o. v.......	1	Salvador Carrera....	»
3	2	Corbata roja................	1	Manuel Nogueras. ..	»
3	2	Coser y cantar—c. o. v......	1	Mariano Pinà.......	»
3	1	Cortarse la coleta...........	1	E. Segov. Rocaberti.	»
3	2	Cuestion de conciencia-c. o. v.	1	José Trinchant......	»
2	2	El hombre perro............	1	J. G. de Lima......	»
2	1	El marido y la mujer—j. o. p.	1	D.ª Camila Calderon....	»
»	»	El nono no desear...........	1	D. José Barreda.........	»
3	3	El premio del Pardo—j. o. p..	1	Ruigomez y Comenge	»
5	2	El otro yo—j. o. p..........	1	José Estremera.....	»
»	»	Esto, lo otro y lo de más allá.	1	Sres. Ramos y P. Doming.	»
3	2	Entre dos fuegos............	1	Gerardo Velez......	»
3	1	Específico moral—c. o. v.....	1	Eusebio Sierra......	»
»	»	Exposicion de tipos—j. o. v..	1	Adelardo de la Calle.	»
»	»	Juicio de exenciones, *sainete*..	1	Tomás Luceño,.....	»
»	»	La conquista de un papá.....	1	Javier de Búrgos. ..	»
3	1	La docena del fraile.........	1	A. Manuel Florveles.	»
1	2	La horma de su zapato-p. o. p.	1	M. Barranco.	»
1	2	La vendetta—j. a. v.........	1	José Estremera.....	»
2	2	La viuda y la niña—j. o. p....	1	D.ª Camila Calderon....	»
3	2	Los dos polos—j. o. v.......	1	Sres. Gorriz y Navarro..	Mitad.
2	1	Lola y Pepito—j. o. p........	1	D. C. C. de Altimiras...	Todo.
3	1	Las tres palmatorias—c. a. p..	1	José de Fuentes.....	»
3	1	Los amigos de Benito—j. o. p.	1	Sres. Sierra y S. Ramon.	»
4	1	Los matrimonios del dia-j. o. p	1	Eugenio Picazo.....	»
5	1	Nobleza y villanía—d. o. v. ..	1	V. M. de la Tejera...	»
1	»	Nudos y nuditos, *monólogo*...	1	N. N.............	»
5	»	Paz octaviana...............	1	Manuel Nogueras. ..	»
4	1	Perez y Quiñones—c. o. p....	1	Vital Aza..........	»
7	2	Reclamaciones y bombos-s. o. v	1	Manuel Matoses.....	»
1	2	¡Que viene mi mujer!—j. a. p..	1	F. Oconell.........	»
3	2	¿Quién es Calleja?—j. o. v....	1	Sres. Vidal y Caballero..	»
3	»	Sobre la marcha............	1	D. Pelayo del Castillo...	»
3	2	Un novio con patatas........	1	Eduardo Palacio....	»
4	2	Un nudo morrocotudo, *parodia*	1	Luis Cuenca........	»
4	2	Vestirse de ajeno—j. o. p....	1	Eusebio Sierra......	»
7	5	Voz del pueblo, *parodia*.....	1	Fuentes y Solsona...	»
5	3	Con buen fin—c. o. v........	2	Gorriz y Navarro....	Mitad.
3	3	Con la música á otra parte...	2	Vital Aza..........	Todo.

CRUZ Y CORONA.

CRUZ Y CORONA,

DRAMA HISTÓRICO

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

Gutiérrez

DON JOSÉ G. DE CABIEDES.

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL la noche del 22 de Marzo de 1879.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
D. SANCHO II, rey de Portugal.....	D. Rafael Calvo.
DOÑA MENCÍA DE HARO, reina...	D.ª Cándida Dardalla.
D. RAMON VIEGAS DE PORTOCARRERO.....................	D. Ricardo Guerra.
D. ALFONSO DE PORTOCARRERO.	Ricardo Calvo.
D. MARTIN GIL DE SOBERASA...	Gerardo Peña.
EL OBISPO DE OPORTO.........	Enrique Martinez.
FR. BRITEIROS, prior de Santo Domingo.....................	Donato Gimenez.
FLECTIO, alcaide de Coimbra......	Miguel Ecea.
BRAGANZA......................	José Calvo.
D. PEDRO MENDEZ DE AGUIAR..	Cárlos Miralles.
D. GONZALO DE SOUSA.........	Alfredo. C. Revilla.
D. MARTIN PAEZ DE RIVEIRA...	Fernando Calvo.
UNA MUJER.....................	D.ª Consuelo Martin.
UNA JÓVEN.....................	D.ª Sofía Casanova.
UN ANCIANO....................	D. Eduardo Lopez Chico.
UN JÓVEN......................	José Gil.
UN GEFE.......................	José Corral.
UN SOLDADO....................	Enrique Terceño.
UN NOBLE......................	Emilio Escay.
UNO DE PUEBLO.................	Ricardo Letre.

Nobles, monjes, soldados y pueblo.

ACTO PRIMERO.

Sala del trono en el palacio real.

ESCENA PRIMERA.

REY y REINA, ocupando los asientos del trono. FLECTIO arrodillado en las gradas. OBISPO de pié al lado del Rey. ALFONSO idem al de la Reina, teniendo una bandeja con llaves. PORTOCARRERO al frente de la nobleza: nobles, soldados y gefe de la guardia.

REY. No es el Rey; es el uso quien lo ordena;
(Á Flectio.)
mas, suprimid, si os place, el juramento;
pues Dios ve el corazon, oye el acento
y la doblez del ánimo condena.
Al ver el rey de vuestra espada el filo,
del fuerte de Coimbra os da las llaves:
dejaos, Flectio, de promesas graves:
vuestra honradez me tiene más tranquilo.
Y si algun dia un pensamiento artero
logra vencer de nuestro honor el muro,
sereis ingrato, pero no perjuro;
confío en vos; alzaos, caballero.

OBISPO. (Adelanta con un libro en la mano.) [hombre
Perdonad, mas un hombre puede á otro
de su deuda absolver; á Dios en tanto

puesta la diestra sobre el libro santo, satis-
REY. (Á Flectio.) Satisfaced. [faced.
OBISPO. En nombre
del Creador del cielo y de la tierra
que sacó de la nada toda cosa,
y reina tras la bóveda espaciosa
que al pensamiento su horizonte cierra;
en nombre del que os dió la luz querida;
que el alma os dió en que está la fortaleza,
y que el cielo os dará si á él endereza
vuestra planta los pasos de la vida:
jurais ser fiel al nombre de cristiano?
¿Jurais esterminar á la impía gente?
¿Á la iglesia rendiros obediente
y fomentar su culto soberano?
FLECTIO. Juro!
OBISPO. Si recta así marcha tu planta
por el justo camino de la gloria,
prosperará en el mundo tu memoria
cual la nube que al cielo se levanta.
Si no... maldito seas y estirpado
semejante á la víbora en el cieno,
su luz te niegue el sol; su hogar el bueno;
su paz la tumba y el Señor su lado!
(Flectio se levanta.)
REY. Alcalde de Coimbra, de las manos
de mi esposa recibe, y sea en buen hora,
esas llaves.
(Alfonso acerca la bandeja á la Reina, que toma las llaves y se las entrega á Flectio.)
FLECTIO. Coimbra, gran señora.
no será nunca abrigo de villanos!
REY. ¿Alguno de mi reino alto ó pechero,
á mi justicia ó mi favor reclama?
OBISPO. Señor... (Adelantándose.)
REY. Hablad, Obispo.
OBISPO. El pueblo os ama...
REY. Sé que me debe amar vos el primero.
OBISPO. Despues de combatir á vuestro lado
para extender la fé puesta en olvido,
el obispo de Oporto no ha obtenido
más mercedes que hallarse despojado.

En Leon un concilio se convoca,
no es bien que asista yo mientras no sea
repuesto, como el papa lo desea,
y el clero todo á quien mi ofensa toca.

REY. Pésanme los motivos que habeis dado
por conspirar contra mi real clemencia:
amo al Papa y mantengo mi sentencia,
que el rey es la justicia de su Estado.

OBISPO. El oro de la iglesia está vendido!
Sufre baldon la dignidad del clero!

REY. Ni es instante oportuno ni yo quiero
revocar lo que en ley he decidido.
Con su oro hice á la iglesia vencedora!

PORT. Nosotros con riqueza y con espada.

MENCIA. Portocarrero, ¿vos no pedís nada?

PORT. Yo...

MENCIA. Meditadlo bien.

PORT. Nada, señora.

MENCIA. Á todos guarde Dios en su clemencia.

OBISPO. Á todos!

MENCIA. Cada cual por sí la pida.
(Los Reyes se disponen á bajar del trono, el gefe de la guardia despejando.)

GEFE. Plaza!

PORT. Alfonso, la reina está ofendida?
(Acercándose á su hijo Alfonso.)

ALF. Padre y señor...

OBISPO. (Á Alfonso al salir.) ¿Temblais á su presencia?
(Vánse los Reyes, los nobles y el acompañamiento.)

ESCENA II.

ORISPO, PORTOCARRERO, ALFONSO.

ALF. Dadme á besar vuestra mano,
señor, y tambien la vuestra.
(Besa la mano á su padre y al Obispo.)

OBISPO. Dios os prospere, mancebo,
en el favor de la reina.

PORT. Habla: el Obispo de Oporto,
ofendido por su alteza,

puede oir mis sentimientos.
ALF. Señor, os habló la reina
con voz airada.
PORT. ¿Y qué es ello?
ALF. Que os espían, que sospechan
de vos...
OBISPO. Que os temen.
PORT. No es mucho
si nos deben que nos teman.
ALF. El Rey...
PORT. Es rey quien no sabe
reinar?
OBISPO. Duerme entre cadenas
en los abrazos lascivos
de una indomable extranjera.
Y cuando el pueblo cristiano
se adelanta por la senda
que Dios trazó, cual la hueste
de Josué, á ocupar las tierras
á sus padres usurpadas,
dobla el nuestro sus banderas,
alza un ídolo de carne
y en el desierto se queda.
PORT. Me temen porque el abuso
ha llegado á una violencia
insoportable: á un pechero
una plaza se encomienda
cual Coimbra; un favorito
comparte... ¡qué digo! reina
sobre los nobles, cada uno
tan superior á él, que apenas
reconocen por iguales
á los reyes que sustentan.
ALF. Señor!
PORT. El Rey satisfaga
lo que debe á la nobleza.
ALF. Sí hará: venid y el menguado
que en calumniaros se emplea...
OBISPO. Entre vos y el favorito
dicen que existe querella.
PORT. Odio decid.
OBISPO. Vedlo.

ALF. Obispo...
¿Y pensais de él tal bajeza?
OBISPO. Mancebo, las ambiciones
no sabeis á dónde llegan.
Ay, hijo mio! Es en vano
ver a Rey. Está más cerca
de su oido Soberasa.
PORT. Y aún más una aventurera.
ALF. Así mancillais las honras?
Acordaos de mi honesta
madre, señor, que os amaba
como al Rey ama la Reina.
PORT. Y qué hay de comun, mancebo,
entre la bendita estrella
de mi hogar, que aún santifican
los besos de su pureza,
y una viuda castellana
usurpadora, no dueña
de un pueblo donde hay villanos
con más ilustres mancebas?
ALF. Hija es de don Lope de Haro,
señor de Vizcaya, nieta
del rey Alfonso noveno.
OBISPO. Por bastarda descendencia.
ALF. Viuda de Perez de Castro.
OBISPO. Sois cronista de su alteza?
ALF. Es una dama, y mi padre
me ha enseñado á defenderlas.
Á él oí que es en el mundo
la mujer brisa que templa
la fiebre del volcan rudo
que en nuestro pecho fermenta;
que nos nutre con su sangre,
desde la cuna nos vela,
á nuestro tálamo sube
coronada de azucenas,
y en nuestro sepulcro arroja
la última flor de sus trenzas.
PORT. Vé, vé, hijo mio: tu padre
sabe lo que hacer.
ALF. Proteja
el cielo sus intenciones.

OBISPO. Adios, mancebo, así sea. (Sale Alfonso.)

ESCENA III.

OBISPO, PORTOCARRERO.

PORT. Ya lo veis. Cuando la roca
del monte á rodar empieza,
cada obstáculo la obliga
á saltar con más violencia.
OBISPO. Qué vais á hacer? Hoy las leyes
obedecen á la fuerza.
PORT. Pues bien, ¡vive Dios! al campo:
nuestros fueros y riquezas
ó la muerte. No he jurado
favoritos ni extranjeros.
Oh! La leccion será amarga!
OBISPO. Tan estéril como vuestra.
PORT. Obispo, vos ocupaos
en reclamar silla y rentas:
contrarios fuimos mil veces.
OBISPO. Cierto, pero en causa idéntica.
El olvido de los fueros
y las nobles preeminencias;
la incautacion de los bienes
eclesiásticos, la ofensa
ya al guerrero, ya al obispo,
¿no son golpes que se asestan
á la raiz del Estado
porque sus ramas perezcan?
Yo arrancado de mi silla,
la casa de Dios en venta;
¿creeis que el clero devorando
su humillacion se someta?
PORT. Pues seguidme.
OBISPO. Á verter sangre?
No!
PORT. Pues qué remedio queda?
OBISPO. Sabeis que en Leon hay concilio?
PORT. Con palabras no se arreglan
cuestiones de honor; la espada
corta á raiz la gangrena.

Obispo. En el tálamo del Rey
sois capaz de interponerla?...
Port. Qué!
Obispo. Si el mal del soberano
está en su union con la reina,
separarlos!
Port. Imposible!
Obispo. Quién sabe!
Port. Hablad.
Obispo. Bien pudiera...
Port. Amándose como se aman?
Obispo. Sí?
Port. Mal conoceis la tierra.
Obispo. Vais muy en peligro.
Port. En vano...
Obispo. Andad; la lanza se quiebra
contra otra lanza. Al que sabe
donde está la parte enferma,
cuando quiere herir, le basta
poner el dedo sobre ella.
(Comienzan á aparecer por la puerta soldados.)
Port. Callad, y á la suerte, Obispo.
Obispo. Pues volved si os es funesta.

ESCENA IV.

DICHOS, el OBISPO se dirige á la puerta lateral, y PORTOCARRERO á la del fondo. Luégo SOBERASA.

Obispo. Abrid paso!
(Á los soldados de la lateral y sale de escena.)
Port. Paso abrid!
(Á los del fondo que cruzan sus armas.)
Vive Dios! abrid os digo!
Tal desman se usa conmigo?
(Continúan cerrándole el paso. Soberasa aparece por la puerta del fondo.)
Soberasa, y bien, decid:
¿qué significa este alarde?
Sob. ¿No os lo dice la conciencia?
Vais á añadir la violencia
al crímen? Ved que ya es tarde.

Por mí la infame asonada
fué deshecha y sorprendida;
sabeis que juega la vida
el que desnuda la espada!
Sois perturbador; en mí
su justicia puso el Rey;
su sello es este; la ley
no os deja pasar de aquí.

PORT. Pues á un hombre de mi talla
se acorrala como á un perro?
Yo he pasado con el hierro
y través de una muralla.
Y su pecho un enemigo
cuide no poner delante.

SOB. Yo me estimo lo bastante
para cumplir lo que digo.

PORT. Y vos quién sois? Á mi nombre
mi nobleza es quien le abona;
no hay poder ni en la corona
para llegar á un rico-hombre.
Y acabemos, vive Dios! (Desenvaina.)
Esta es la ley de mi casa!

SOB. Qué haceis?

PORT. Mostraros si pasa
por cima de hombre cual vos!

ESCENA V.

DICHOS, el REY.

REY. En palacio las espadas!

SOB. Á vuestras plantas rendida
ofrézcoos espada y vida.

REY. La vuestra! (Á Portocarrero.)

PORT. Ya está envainada.

REY. (Impidiendo que la envaine.)
Rendidla!

PORT. No ante una ofensa.

REY. Lo mando!

PORT. Tres reyes fueron
los que una noche cayeron
sobre mi patria indefensa.

Halló la aurora sembrados
los campos de armas é infantes
más que las gotas brillantes
con que rocía sus prados.
Pero ántes que la sagrada
luz alumbrase á otras zonas,
con oro de tres coronas
labré el puño de esta espada.
Y desde aquella partida
es la esposa del guerrero,
perdonad, juré á su acero
la constancia de mi vida.

SOB. Pues yo os juro que ha de ser.
(Va á lanzarse sobre Portocarrero.)

ESCENA VI.

DICHOS, MENCÍA, ALFONSO y acompañamiento.

MENCIA. (Avanzando.)
Y á la gloria que ha adquirido
le falta haberse atrevido
al pecho de una mujer.

REY. Mencía! Y yo sin acero!...
Un arma... soldado, un arma!
(Arranca una espada de manos de un soldado.)

ALF. No... padre!...
(Interponiéndose entre la reina y su padre en el momento en que todos van á estrecharle y él á defenderse.)
¡Apartad, señora!
(Al abrazar á su padre, este entre la confusion le hiere.)

MENCIA. Herido!

PORT. Hijo mio!
(Le abraza y arroja la espada.) Tomadla!

MENCIA. El castigo del rebelde
es el herir su propia alma.
Ven, Alfonso.
(Desgarra el pañizuelo y venda el brazo á Alfonso.)

ALF. ¿El cendal régio

desgarrais?

MENCIA. Cuándo es más grata
la majestad que al ser bálsamo
de un dolor ó de una lágrima?

ALF. Ah! Vuestra mano! Primero
vos, padre mio, besadla.
(Se arrodilla á besar la mano de la reina.)

REY. Id, don Alfonso, á cuidaros
lejos de su furia insana.
(Va á irse al lado de su padre.)

ALF. Perdon á mi padre!

MENCIA. Oidlo!
Portocarrero; vé en calma. (Sale Alfonso.)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos ALFONSO.

SOB. Ya hay quien contra vos conspira
con las fuerzas castellanas!

PORT. Quién!

MENCIA. No puede ser!

REY. No importa;
su pena lleva en su infamia.
No pueden ser portugueses
los que así su gloria ultrajan!
Del año mil y doscientos
veintitres en que fué dada
su real herencia á don Sancho,
quién la memoria no guarda?
Media Castilla traía
doña Teresa la infanta;
habíanla prometido
nuestra corona por arras.
Hijo-dalgos todos ellos
ganosos de festejarla,
como á guisa de torneo
vinieron á la batalla.
Cubiertos de pelizones
que las lorigas tapaban,
guadalmecís recamados
con el blason de sus casas...

Martinetes en los yelmos,
empresas en las adargas,
y en fundas de terciopelo
las bien guarnidas espadas.
Cada destello las cotas
en haces la luz quebraban
y parecían armados
más de rayos que de lanzas.
No ví en los años que tengo
muchedumbre más bizarra,
como joyeles prendidos
en las tocas de una dama.
Cerca de Monzon sería
desde la puente que llaman
de Limia: allí se avistaron
enfrente las haces ambas.
Partieron en escarceo,
y nosotros de arrancada
como suelen desde el monte
rodarse las avalanchas.
Bien el choque sostuvieron,
bien golpean en las masas;
pero es la carne más fuerte
que el hierro con que la aplastan.
«Castilla,»—gritan los unos,—
«Portugal,»—los otros claman...
Su ardor sangriento infundía
el sol, juez de la batalla.
No hay memoria que contenga
tanto número de hazañas,
ni ojos que las vieran todas,
ni lengua para contarlas.
Qué destrozo! Y no vencidos,
pues nadie volvió la espalda,
y el caer fué tan honrado
que al vencedor costó lágrimas.
Pero si por lo diezmados
rienda enfrenan los de España,
hechos sierra los cuchillos,
sucios girones las galas;
de un inmenso cementerio
en posesion nos dejaban.

Siempre es luto la victoria
cuando luchan dos hermanas!

MENCIA. Con recuerdo tan glorioso
teneis bastante venganza
sobre todos los ingratos,
y aun más, la mujer que os ama
tambien os dice: Rey mio,
ten piedad con la desgracia.
(Señala á Portocarrero y sale con su acompañamiento.)

ESCENA VIII.

REY, PORTOCARRERO, SOBERASA.

REY. Despejad!... Toma. (Á los soldados.)
(Dando la espada al soldado. Este y los demas salen.)

SOB. Guardadlo,
señor, no os queda más cetro.

REY. Qué dices? (Á Portocarrero.)
Vete en buen hora!

SOB. Ved que su gente he deshecho
á las puertas de palacio,
que cunde el levantamiento
por sus tierras y castillos.

PORT. Que me prendeis indefenso.

SOB. Como un criminal merece.

PORT. Ya es criminal, vive el cielo!
quien no soporta la infamia,
quien no se humilla á un gobierno
de mujeres y parásitos,
sin gloria, sin rey, sin fueros!

REY. Sin rey? Pues quién es don Sancho?

PORT. Quién? Responded vos á eso!
(Á Soberasa.)
¿Es rey? ¿Es el que nosotros
arrancamos de un convento
regando con nuestra sangre
el árbol de sus derechos?

REY. Por qué no pedís justicia?

PORT. Porque el que pide es molesto,

porque la justicia es mártir,
porque mientras haya hierro
no mendigaré á mendigos
mis ganados privilegios.
SOB. Oís? Al cadalso!
PORT. Al cadalso!
REY. Quién le condena?
SOB. Yo; el sello
real!
REY. No es para mancharlo
ni con sangre...
PORT. Ni con cieno.
REY. Pruebas, Soberasa: toca
al Rey juzgarle.
SOB. Su acero
en fiel homenaje os rinda.
PORT. Aún no he aprendido á hacerlo,
y contra enemigos suyos
se desnudó más que el vuestro.
REY. Es verdad; venció conmigo
en Serpa y en Alentejo;
entró triunfante á mi lado
de Elvas por el muro estrecho;
en Mirtolas, en Cazalla
me saludó desde lejos,
y en los campos de Ayamonte
le conocí por los muertos.
Noble... ó traidor; lo que seas,
tu vida está de un cabello
pendiente y puede quebrarse
con el aire de mi aliento.
PORT. Lo sé; compasion no imploro.
REY. Recoge, Portocarrero,
recoge esa espada y puedas
cerrar la herida que has hecho.
PORT. Señor.
REY. Lo mando.
SOB. Y es libre?
REY. Libre!
SOB. Pues tomad el sello;
dádselo á él.
REY. Si debiera;

nunca pretendió tenerlo.
PORT. Ah, señor!... á vuestras plantas
humille el labio...
REY. Tu premio
sea tu conciencia; basta!
Escarneciste mi afecto
conyugal, más...
(Coge la espada de Portocarrero del suelo.)
«Sé clemente,»
dijo ella... y... (Dándole la espada.)
Así me vengo.
(Portocarrero la coge, se inclina humildemente
sale confundido.)

ESCENA IX.

REY, SOBERASA.

SOB. Gran señor, libre de mancha
como una joya del cielo,
vuelve á vos el real anillo,
pues no logré merecerlo. (Se lo da.)
REY. Soberasa!
SOB. Harto me han dicho
que por robado le tengo.
Tomad, no sea en mis manos,
señor, si habeis de romperlo.
REY. Y el desprecio no es castigo?
SOB. No, la muerte, el escarmiento.
REY. Siempre sangre! el más absurdo
de los males sin remedio. (Coge el anillo.)
SOB. Vos hareis lo que bien sea
porque en vos no cabe yerro;
mas contened de los nobles
el ocioso descontento.
REY. Ocio? Pues qué, aplaudiría
la nacion á un rey guerrero?
SOB. Todos!
REY. Y tambien las madres?...
SOB. Señor...
REY. Por sus hijos muertos?
SOB. Ved que Leon se unió á Castilla

y le tiene aún descontento
al castellano monarca,
al gran Fernando el tercero,
conquistador de Sevilla
y, segun dicen del cielo,
que Vizcaya es portuguesa
por ir de la reina en feudo.
Que la iglesia le protege.

REY. Es suyo ó es mio el reino?
Patrono soy de la iglesia;
de sus bienes he dispuesto
para las guerras sagradas,
si no da sangre, dé sueldo.

SOB. Cumple á mi lealtad decirlo:
el concilio se halla abierto,
y sé que censuras llevan
al Santo Padre Inocencio.
Vuestro hermano, qué hace en Roma?

REY. Alonso?

SOB. ¿Qué casamiento
es ese?

REY. Murió su esposa?

SOB. No, la repudia.

REY. Qué?

SOB. Es mérito
pudiendo matarla.

REY. Hay padre
que su hija le dé?

SOB. Si el clero
le absuelve... si el rey de España
recobra á Vizcaya en ello...
se la dará.

REY. Quiere un trono
mi hermano?

SOB. Un trono, si, el vuestro.

REY. Te atreves?

SOB. Rodrigo Sanchez,
por el Obispo sospecho
que fué á levantar bandera
en Oporto.

REY. Ay de él!
(Aparece un guardia en el foro) Qué es eso?

GUAR. El prior de Santo Domingo
llega.

REY. Soberasa, espero
que no me abandones. Que entre!
(Al guardia, que se va.)
Necesito tus consejos.
Olvida que te he culpado.

SOB. Señor! por la reina, ejemplo
de virtud...

REY. Qué bien conoces
aquel corazon tan bello!
(Oprimiéndole las manos con efusion.)

ESCENA X.

DICHOS, FR. BRITEIROS, OBISPO.

BRITEIROS trae pergaminos en la mano: el Obispo traerá otro rollo.

REY y SOB. Prior!

OBISPO. Recibid las órdenes
del sucesor de San Pedro.

BRIT. Su bendicion apostólica
dé la luz á un hijo ciego.

REY. Ciego decís?

BRIT. Nadie puede
al sol afrontar sin serlo.
(Presenta al Rey los pergaminos.)

REY. Enteraos, Soberasa.
y que se cumpla al momento.
(Soberasa va á recogerlos. El Prior se los niega.)

BRIT. Don Sancho ha de ser y no otro.
Cuando Dios habla á su siervo
el siervo escucha. Él os guarde.

REY. Así será. Os vais tan presto?
(Cogiendo los pergaminos.)

BRIT. Sí, el can fiel no halla agrado
sino á los piés de su dueño.

REY. Ha menester la órden algo
de mi poder, Juan Briteiros?

BRIT. De vos nada: de Dios mucho.

REY. Sabeis que cumplo si ofrezco.
BRIT. De lo que hiciereis por Cristo
Cristo y no yo os dará el premio.
REY. Y no esperais mi respuesta?
BRIT. No hay más que una; el cumplimiento:
Dios ilumine á don Sancho.
REY. Y á vos, Fray Juan, guarde el cielo.
(Sale de escena Briteiros.)

ESCENA XI.

REY, SOBERASA, OBISPO.

REY. Obispo, sabeis qué sean?
OBISPO. Lo ignoro; yo recibí estos
que Su Santidad me envía.
SOB. Conque á vos?
OBISPO. Á mí y secretos.
REY. Bien, Soberasa, seguidme;
con la reina lo sabremos.
SOB. Obispo, aguardad mis órdenes.
OBISPO. Me place: así podré leerlos.
(Vánse el Rey y Soberasa.)

ESCENA XII.

EL OBISPO va desarrollando los pergaminos y leyendo como salteado, con muestras de aprobacion.

«Yo, Inocencio cuarto, en el nombre de »Dios, etc. Hemos oido con dolor el yugo »que sufre nuestra madre la santa iglesia... »Manos extranjeras han sembrado la pertur- »bacion en los reinos para nos muy queri- »dos... Puesto que los reyes son primos en- »tre sí y hay alianza formada por la union de »una misma sangre, en grado cuarto de pa- »rentesco, sobre el que nos toca legislar... Si »el arrepentimiento no es tan patente como »fué la culpa... si es preciso para la armonía »de los pueblos con los reyes, á vos, Obis- »po, mandamos, por nuestro prior, la anu- »lacion de ese matrimonio...»

ESCENA XIII.

OBISPO, PORTOCARRERO.

Al aparecer Portocarrero en la puerta del fondo, el Obispo recoge precipitadamente los pergaminos.

PORT. Continuad sin temor.
OBISPO. Sin temor á quién? al hombre
que ya no tiene más nombre
que el de héroe ó el de traidor?
Ántes doblado el valor
doble en el vuestro confio;
que es más peligroso el rio
cuando agitan su corriente,
y á vos han puesto en la frente
otro sello igual al mio.
PORT. Descubierto y acusado!
OBISPO. Suerte del que marcha á ciegas.
PORT. Preso á manos palaciegas.
OBISPO. Os lo hube profetizado!
Ya veis que os reserva el hado
para accion más colosal;
nada cambió en vuestro mal,
pues del peligro advertido
el medio habeis aprendido
de salvarlo.
PORT. Siendo leal.
OBISPO. Leal... ó tímido y yerto.
PORT. No sé si tímido ó fiero:
mas sé que Portocarrero
morir debía y no ha muerto.
OBISPO. Mengua es un perdon incierto
como limosna aceptar.
PORT. Limosna? Vos en lugar
del Rey á quien he ofendido,
decidme: hubierais tenido
el valor de perdonar?
OBISPO. Oh miserable egoismo!

Su honor renuncian los buenos.

PORT. Yo renuncio á todo, ménos
al aprecio de mí mismo.

OBISPO. Y hoy teneis por egoismo
lo que por vergüenza ayer?
Conciencia de mercader!
Delatadme, he conspirado!

PORT. Eso no lo hace un soldado:
cualquier otro... podrá ser.

OBISPO. Pues bien, yo como el leon
no temo: vos sois la oveja
que amedrentada se deja
en las zarzas el vellon.
El débil tiene razon
para humillarse al amago;
mas yo que no satisfago
á los hombres, sino al cielo,
al despedirme, os revelo
la deuda santa que pago.
Leed. (Le da un pergamino.)

PORT. No sé. (Devolviéndoselo.)

OBISPO. Inadvertencia.
Aunque ojos os puso Dios,
olvidóseme que vos
no veis con la inteligencia.
(Le muestra el sello que pende del pergamino.)
Quien esta cruz reverencia
su vida por su alma debe.

PORT. Del Papa!

OBISPO. Su vista os mueve?
Ay de los reyes que oprimen
la virtud!...

PORT. Y quién se atreve
á acusar al Rey?

OBISPO. Su crímen!
Alfonso, en Leon noveno,
se unió en lazo conyugal
á infanta de Portugal
sin ser á su sangre ajeno.
Tálamo incestuoso, cieno
del que escorpiones brotaron
y hasta el aire envenenaron!

Tuvo á Dios por enemigo,
y el Papa evocó en castigo
las llamas que lo estirparon.

PORT. Y tal vez doña Mencía?...

OBISPO. Harto os he dicho con esto.
Dios que aborrece el incesto
fuego hará la luz del dia.
El Rey puede todavía
romper ese lazo infame:
sígame quien al cielo ame,
y no habrá, aunque os pese á vos,
más ley que la ley de Dios
ni más rey que el que Dios llame.

PORT. Oid!...

OBISPO. Volveos al lado
de la reina á merecer:
pues os venció una mujer,
callad, que fuisteis soldado.

PORT. Y el Rey será respetado?

OBISPO. Si vos, servil, respetais
sus delitos, vos no amais
al Rey, amais al tirano.

PORT. Yo le quiero soberano.

OBISPO. Mal por cierto lo mostrais.
Rey que no haga su tesoro
de los derechos ajenos,
rey cristiano por lo ménos
en la lucha contra el moro:
que dé á la iglesia decoro,
mas no el trono á las pasiones;
que atestigüe en sus acciones
que es el cetro más dorado
una caña ante el cayado
del pastor de las naciones.
Oh! á falta de armas el cielo
dará á Inocencio firmeza;
y hoy deben clero y nobleza
unirse á su santo celo.

PORT. Lo ordena el Papa?

OBISPO. Os revelo
que sí...

ESCENA XIV.

DICHOS, SOBERANA que atraviesa la escena por medio de ellos, y despues sale orgulloso.

SOB. Vos á Oporto... (Al Obispo.) y vos
á la frontera. (Á Portocarrero y váse.)

ESCENA ÚLTIMA.

OBISPO, PORTOCARRERO.

Pausa. Quedan mirándose con ira comprimida.

OBISPO. Á los dos
nos arrojan! Qué pensais!
PORT. Vos marchais? (Acercándose.)
OBISPO. (Con intencion.) No!
Y vos... marchais?
PORT. (Tendiéndole la mano.)
No!... Estrechad!
OBISPO. Gracias á Dios!
(Estrechándosela con solemnidad. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en palacio; á la derecha del espectador, puerta de paso hácia las habitaciones del Rey; á la izquierda balcon saliente; al fondo puerta ogiva, que al abrirse deja ver átrios espaciosos donde puedan reunirse las tropas y personajes necesarios al cuadro final.

ESCENA PRIMERA.

BRAGANZA, SOUSA, RIVEIRA, AGUIAR.

Brag. Semejantes á mendigos
que el pan de un convento aguardan,
están los nobles del dia
á las puertas del alcázar.
¿Tal sufren los ricos-hombres?
¡Vive Dios! que ya me falta
la paciencia aunque soy viejo,
y estoy harto de emplearla!
¿Quién de nosotros no tiene
por derechos de su casa,
en las audiencias reales
libre paso y puerta franca?
Sousa. ¿Habeis visto los castillos
que se han grabado en las armas
portuguesas?
Aguiar. Aún es poco;

las del favorito faltan.

RIVEIRA. ¿Tampoco sabeis que llega
ejército de Vizcaya?

BRAG. ¿Para combatir sin duda
la rebelion que amenaza
desde Oporto?

SOUSA. Y para eso
se nos convoca y reclama
dinero y gente. Hace tiempo
que no he pisado estas salas;
hoy al llamamiento acudo;
hice mal, ya se nos trata
como á pretendientes.

AGUIAR. Esos
que contra el abuso se alzan
son nobles como nosotros;
no hay miedo que yo combata
á los que hacen lo que todos
debimos hacer.

RIVEIRA. ¿Quién marcha
contra ellos?

SOUSA. Es excusado
preguntarlo. Soberasa.

BRAG. ¿Con las tropas extranjeras?

SOUSA. Sí, para mayor infamia.

BRAG. ¡Cómo! ¿Y el rey de Castilla?...

SOUSA. Para detener su marcha
ha invocado sus derechos
de rey. Mencía reclama
los suyos de señorío,
y pese á quien pese, avanzan.

AGUIAR. ¿Y hoy el vencido es el dueño?

BRAG. Pues la nobleza no es nada,
dejemos al Rey, señores,
si un favorito le basta.
Yo no moveré en mi vida
mi acero contra mi patria,
que un noble es noble en cualquiera
cuando la suya le falta.
Quedad en buen hora todos,
á otro reino irá Braganza,
donde haya rey que no humille

y que cumpla lo que pacta.

SOUSA. Para aguardar nos convoca
y para pechar nos llama;
el que peche y el que aguarde
¡malhaya, Sousa!

AGUIAR. ¡Malhaya!

(Todos se dirigen á la puerta; Portocarrero que entra los detiene.)

ESCENA II.

DICHOS, PORTOCARRERO.

BRAG. Portocarrero, es inútil;
el Rey nos cierra su estancia;
de Portugal nos partimos;
que le salve quien le engaña.

PORT. Tened, buenos caballeros;
las bases ya concertadas,
los prelados y los nobles
hanse jurado alianza.
Creen prudente los obispos
de Oporto, Coimbra y Braga
que pecheis.

BRAG. ¡Que pechen ellos!

SOUSA. Mil hombres que me demanda,
que los ate con las cintas
de su capelo, si alcanzan.

AGUIAR. Seiscientos ginetes mios
que por las colas los asga.

RIVEIRA. ¡Mátenme á viles saetas
los arqueros que yo traiga!

PORT. Á otro que no á vos las deben
dirigir; á Soberasa.
Ello es preciso; el privado
quiere salir á campaña;
gente y caballos nos pide;
pues que los tenga y que salga.
Con él ireis; ya en el campo
el más fuerte es el que manda;
si alguno muere... que él sea.

SOUSA. Bien dice, y pronto se acaba.

PORT. El clero, en tanto, promete

que la reina vuelva á España.
AGUIAR. ¿Podrá?
PORT. ¿No sabeis que tiene
para ello bulas del papa?
Las dos gangrenas del pueblo
llegó la hora de estirparlas;
ellos á doña Mencía,
nosotros á Soberasa.
Si nuestras manos se niegan..
RIVEIRA. No hableis más, doy la mesnada;
gente dispuesta trajimos
por guardarnos las espaldas.
BRAG. Tal decision no es honrosa,
y no conteis con Braganza.

ESCENA III.

DICHOS, SOBERASA y luégo el REY.

(Sale por la puerta lateral y anuncia.)
SOB. ¡El Rey!
REY. (Saliendo.) ¡Dios os guarde!
BRAG. Y así al soberano.
REY. Pláceme, señores, en torno á mí veros. [vano
BRAG. Tiempo há que eso mismo, señor, aunque en
demandan los nobles igual que pecheros.
En dias mejores ninguno aguardaba;
es don que nos toca de antiguo linaje.
SOB. Las cosas del reino mi Rey consultaba.
AGUIAR. Nosotros tuvimos consultas de ultraje.
REY. Mesura, buen conde, que hubiese no importa
descuido en lo poco: lo grande es primero.
De dulces pasiones la calma fué corta:
oid lo que pasa, sabed lo que quiero.
Noticia funesta, con duelo escuchada,
confirma que es malo quien mal ha nacido:
en alma de ingrato y en tierra viciada
las buenas semillas dan fruto podrido.
De estirpe realenga y accion de pecado,
Rodrigo, aquel Sanchez que igual bastardía
en hechos y orígen tener ha mostrado,
levanta pendones y al Rey desafía.

Oporto le ampara, mi ausencia le abona.
SOUSA. Señor, cada noble vos trae su mesnada.
BRAG. Braganza no pecha.
PORT. Yo doy mil infantes.
SOB. ¿Qué haceis en Lisboa?
PORT. Ceñirme la espada.
SOB. Á honrosas empresas ceñida está ántes.
REY. El triunfo con esto don Sancho asegura:
yo soy el caudillo de aquesta batida.
BRAG. ¡Vos!
REY. ¡Yo!
PORT. ¡Señor!
SOUSA. ¡Cómo!
REY. Yo mismo.
BRAG. ¡Oh ventura!
¡Va el Rey! (Á los nobles con efusion.)
REY. Aquí aguardo la hueste reunida.
BRAG. Tomad mis vasallos, ya os sigue Braganza.
REY. Suspensos quedásteis; me duele este empeño:
mas sé que la gloria con sangre se alcanza
y es hora que el tigre conozca á su dueño.
Id, pues.
PORT. ¡Dios os guarde!
SOB. Y á vos no abandone.
(Á Portocarrero. Salen los nobles.)

ESCENA IV.

REY, SOBERASA.

REY. ¿Estás satisfecho de mí? El castellano
creerá que de un trono vacante dispone?
SOB. No, y si ahora dejaseis...
REY. El mando te dejo
de todas las tropas que aguarda Mencía;
que pese en tus actos su noble consejo.
SOB. Fiad, seré fuerte.
REY. Su calma es la mia.
SOB. Tambien al Obispo dejadle á mi lado.
REY. Volverle á su silla el Papa me ordena.
SOB. Despues... y no libre; por ahora no es buena
su astucia elocuente en pueblo alterado.

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA MENCÍA.

MENCIA. Si Dios ama la oracion:
sì á sus plantas llegar pudo
la voz de mi corazon,
llevais en esta ocasion
mis plegarias por escudo.
REY. Ya que hay que ser inhumano,
ya que el pueblo no respeta
al justo, sino al tirano,
va á ser el cetro en mi mano
freno que á un corcel sujeta.
¿La hueste está prevenida? (Á Soberasa.)
SOB. Presta estará.—Adios, señora. (Váse.)

ESCENA VI.

EL REY, MENCÍA.

REY. Sí; tu oracion bienhechora
necesita el alma herida,
que va á verter sangre y llora.
MENCIA. Todos en el mundo están
cumpliendo una eterna ley,
y es triste ver como van
todos gimiendo en su afan,
desde el mendigo hasta el Rey,
Comprendo el noble dolor
de un corazon ultrajado
que en su anhelo bienhechor
siente brotar un traidor
de cada bien que ha sembrado.
REY. Pero ¡ay de esos cuyo encono
tu calma turba y la mia!
¿Qué derecho hay en su abono?
¿Cuál es mi delito?
MENCIA. El trono,
el cariño de Mencía.
REY. La ingratitud de mi hermano

Alonso á todas excede.

MENCIA. Mas ¿no eres tú el soberano?
¿La mano izquierda no puede
vencer á la diestra mano?

REY. ¿Qué no hará el alma inhumana
que de una mujer virtuosa
los sentimientos profana?
Ayer repudió á su esposa:
¿qué respetará mañana?

MENCIA. La razon de estado impera
sobre el débil corazon.

REY. Mencía, yo no quisiera
de tu boca oir que hubiera
quien á eso llame razon.

MENCIA. ¿Por qué, don Sancho?

REY. ¿Por qué?
¿Siendo esposa de un pechero,
quebrantarías la fé
que le juraste primero?

MENCIA. Nunca!

REY. Nunca, bien lo sé.
Pues juzga ahora en lo que escribe
de Borgoña la condesa,
llorando á mi hermano vive
que una bastarda princesa
en su tálamo recibe;
castellana, hija de rey,
de Alonso es la nueva esposa;
y el Papa... Mencía, ¿la ley
de Dios es tan débil cosa?...
El Papa sanciona el hecho,
Su Santidad me perdone,
hace mal.

MENCIA. ¿Qué os da derecho?

REY. Mi conciencia: Dios la pone
por pontífice en el pecho.
No sé la suerte que espera
en el mundo al peregrino;
mas yo, á través del destino,
seguiré á mi compañera
hasta el fin de su camino.
¿Tu constancia es tan segura?

MENCIA. ¡Señor!...
REY. (Con enojo.) Señor!... mortal, fria
palabra! Si en mi clausura
supiese que un rey debía
miedo inspirar, no ternura,
del convento silencioso
que educó mi alma de niño
nunca saliera ambicioso:
allí era dulce el reposo;
aquí no lo es ni el cariño.
MENCIA. Sancho, ¿qué ocultos dolores
turban tu razon querida?
¡Qué amargo ramo de flores
me ofrecen hoy tus amores
en la triste despedida!
REY. No sé qué he dicho... ¡perdona!
¿Qué puede una rebelion?
¿Arrancarme la corona?
¡Pues si casi lo ambiciona
más que ellos mi corazon!
MENCIA. ¡No, esposo del alma mia!
Si llegaste hasta dudar
de la fé de tu Mencía...
REY. Si dudase, viviría!...
De tí que me has visto amar!...
En tus risas mi consuelo
y en tus enojos la guerra
al través siempre del velo
de esta ilusion que me aterra...
¡yo que amo en tí cuanto encierra
el mundo, el amor, el cielo!
Cuántas veces contemplando
ese inmenso mar sin calma,
siempre al cielo reflejando
me pareció estar mirando
el eterno amor de mi alma!
MENCIA. ¿Y por qué amargos acentos
si hemos creado los dos
en dulces arrobamientos
un mundo de sentimientos
donde solo alcanza Dios?
REY. ¡Ah! si el trono se cambiase

en humilde hogar que pura
la luz de la paz bañase!

MENCIA. ¿Pero y si Dios nos mandase
luchar por nuestra ventura?
No oiga yo que es de tu fama
enemiga mi belleza!

REY. Grande mi pueblo te llama!

MENCIA. Soy mujer y mujer que ama:
hé aquí toda mi grandeza.
Despierte el valor temido;
ama otra vez la victoria,
aunque muerta en el olvido
sea yo un astro perdido
en el cielo de tu gloria.
No hay corona, no hay tesoro
para mí como tu calma;
pero altiva en tu decoro
nunca perdona mi alma
un ultraje al que yo adoro!

REY. Es tan cruel desgarrar
ni un dia tan dulces lazos!
¡Tú á sufrir!

MENCIA. ¡Y tú á reinar!

REY. ¡Yo al combate!

MENCIA. ¡Yo á rezar!

REY. ¿Y el premio?

MENCIA. ¡En Dios y en mis brazos!
Vé, y luégo de poderío
y laurel tu frente orlada,
descansa en el pecho mio:
soy el árbol del estío
puesto al fin de la jornada.

ESCENA VII.

DICHOS, D. ALFONSO, desde la puerta.

ALF. El de Oporto y el prior
aguardan.

REY. (Con enojo.) ¿Qué otra exigencia
traerán?

MENCIA. Oidlos, señor:

sed fuerte con nuestro honor.
REY. Lo seré con mi conciencia.
(Váse la Reina.)

ESCENA VIII.

REY, OBISPO, BRITEIROS, acompañado por D. Alfonso.

REY. Guárdeos Dios. Don Alfonso, id por mi es-
voy á partir y quiero [pada:
que vos, prior, la bendigais
Sólo de sangre mora fué manchada;
nunca creí que sangre portuguesa
fuese yo á derramar como enemigo;
es mi deber, Dios sabe si me pesa.
BRIT. Á veces un deber es un castigo.
REY. Prior, si así se vicia
la razon, no llameis deber á nada!
Cuando es justicia la ambicion armada,
es una mercenaria la justicia.
BRIT. ¿El polvo quiere alzarse hasta la nube?
¿La órden del papa que á cumplir os diera,
tuvísteis en la mano?
REY. Sí, la tuve.
BRIT. ¿Y el obispo de Oporto aún en Lisboa
y el clero aún de sus rentas despojado?
OBISPO. Á Oporto Soberasa me ha enviado;
vos, señor, detuvísteis la partida.
BRIT. ¿Vos?
REY. Sí; Rodrigo Sanchez, el bastardo
de don Sancho primero,
con mi nobleza... á quien rencor no guardo,
contra mí empuña el desleal acero.
¡Y qué más! Don Alonso, hermano mio,
por ambicion, ó acaso por hastío,
tras repudiar su esposa verdadera
dicen que á los infieles acompaña;
en feudo rinde el corazon á España;
¡oh! y el trono tambien si le tuviera!
Oporto es de esos hombres la guarida,
en capital rebelde transformada,
prevalecer contra Lisboa intenta.

(Al Obispo.
Si á una ciudad contra su rey alzada
hoy quereis ir, gozad desde hoy su renta.
Mañana el vencedor de la batalla
juzgará á cada cual, fiel ó enemigo
por el lado á que esté de la muralla.

OBISPO. Señor, conocen bien los ultrajados
vuestros nobles instintos malogrados,
vuestra virtud, que cuando es libre, abarca
todo bien. Dios os ama y nos redime,
y romperá del pecho del monarca
esa pasion mundana que le oprime.

REY. ¡Qué!

BRIT. En Lion, obediente al rey de Francia,
la cristiandad unida en un concilio
al Pontífice santo pide auxilio
como de un padre ha menester la infancia.
Rui-Gomez de Briteiro y Gomez-Viegas,
embajadores nuestros, le han mostrado
la honda perturbacion, las iras ciegas,
la serpiente que al trono se ha enroscado.

OBISPO. No desmayeis, señor.

BRIT. Debe la iglesia
recobrar su esplendor, su brillo el trono:
cada dia es escándalo un ultraje
y mayor cada dia es el encono.
El Pontífice en vos espera y manda
que vos alceis el ara expiatoria,
rompiendo el lazo de una union nefanda.

REY. Briteiros... ¿no me hablais del alma mia?

OBISPO. No, vuestra alma es del cielo que la ampara

REY. ¿Mi corona?...

OBISPO. ¿Señor!... ¿quién tal osara?

REY. Pues bien, la víctima es...

BRIT. ¡Doña Mencía!

REY. ¡Oh!

BRIT. Así lo pronunciaron los prelados
por el Rey de los reyes inspirados.
A esa extranjera os liga
otro lazo primero que el de esposo,
y en los vasallos el señor castiga
el pecado de un rey incestuoso.

REY. Prior... ¡imposible!
BRIT. Hé aquí una palabra
que no conoce Dios.
REY. Mas la clemencia
sí, la piedad que invoca el sufrimiento:
¿no veis que me asesina esa sentencia?
OBISPO. Señor, la humana lucha es un momento.
REY. Briteiros! ¿mi piedad poneis en duda?
Yo acataré las órdenes de Roma;
rica será la iglesia sin que acuda
á las cargas de guerra y vasallaje;
aún más, el Rey sobre sus rentas toma
el sosten de su culto: todo ultraje
reparado será. Si he delinquido
todo sirva de ofrenda en los altares,
hasta el oro que traigo en mi vestido!
OBISPO. Promesas!
REY. No; mi cetro por mi esposa,
por mi alma! ¿El parentesco no existía
al bendecir el Papa nuestro enlace?
BRIT. Dios se lo reveló; por él le place
vernos, rota esa torpe tiranía,
libre al rey, á la patria venturosa.
REY. Protesto al cielo mismo.
El sentimiento que infundió en mi pecho
sea crímen si quereis, sea heroismo,
mas ved que su alta voluntad lo ha hecho.
BRIT. Hombre audaz. En misterios celestiales
¿usurpais á la iglesia su doctrina?
OBISPO. Ved la causa, señor, de tantos males.
REY. La causa, Obispo, es la ambicion de España
el convertir la religion divina
en dictadura de dominio y saña.
BRIT. ¡Separarse ó morir!
REY. ¿Nada os inclina?
BRIT. ¡El deber!
REY. Y vosotros que en el mundo
solitarios vivís, como volcanes,
sin afectos, sin vínculos que al hombre
ligan á los demas, en sus afanes,
¿por qué venís á destrozar los lazos
cuya ventura os es desconocida?

BRIT. Á humillar al injusto.
REY. Á impedir que el amor cargue en sus brazo
la mitad de la cruz de nuestra vida,
como Simon cargó con la del Justo.
BRIT. Esa blasfemia llama
un castigo mayor á vuestra frente.
OBISPO. El impío mancilla lo que ama.
REY. Oh! Mancilla! Mentís! Su alma es más pura
(En el colmo de la exaltacion)
que el incienso ofrecido por tu mano.
No más: rogué, ofrecí, sólo ha faltado
arrastrar mis cabellos por el suelo.
¡No más! Mi corazon no ha provocado
ningun poder del mundo ni del cielo.
Quise trocar mi reino en paraiso,
isla de paz en su sangrienta historia;
mi tálamo un ejemplo
de conyugal fidelidad ser quiso.
Yo no compré con lágrimas la gloria,
no hice del trono un tajo, sino un templo...
Y tanto infame contra mí se mueve!...
Y tanto sufre el hombre que á ninguno
causó el dolor más leve!
Y la única pasion que el alma llena
de virtud como un crímen se amenaza!
No, vive Dios! Al alma no encadena
ninguna ley que el corazon rechaza!
BRIT. ¿Don Sancho... delirais! (Escandalizado.)
REY. Hasta el insecto
vuelve á morder la planta que le pisa.
OBISPO. ¿Retais al Papa?
REY. ¿No hay piedad?
BRIT. ¡No!
REY. Entónces...
quien la tenga de vos menguado sea!
¡Menguado quien por su alma no pelea;
brazos de hierro á corazon de bronce!

ESCENA IX.

DICHOS, ALFONSO trayendo la espada del Rey. Este la coge y se dirige amenazador al Obispo.

REY. Trae! Prueba la piedad que tienes
del hombre; prueba, Obispo, qué dolores
cuesta arrancar un corazon humano!
OBISPO. Favor! favor! (Retrocediendo asustado.)
REY. ¡No implores!
¿Ya tiembla el tuyo y á imponerme vienes
que yo me arranque el mio con mi mano?
ALF. ¿Qué vais á hacer?
BRIT. Dejad que hasta el abismo
se despeñe el torrente desbordado.
ALF. (Al Rey.) Reparad que es sagrada su persona.
REY. ¿Y yo no soy lo mismo?
¿Es acaso un harapo una corona?
Pero no... (Conteniéndose.) yo no quiero
ser como tú, verdugo.—Hola!—
(Llamando aparecen los soldados) ¡Llevadle!
OBISPO. (Viéndose cercado.)
¡Profanacion!
REY. ¿No fuiste tú el primero
en profanar la majestad augusta?
OBISPO. Ante Dios darás cuenta de tu encono!
REY. Siendo Dios nuestro juez, ¿por qué te asusta
llevar la queja ántes que yo á su trono?...
OBISPO. De los mismos altares
se arranca al sacerdote. ¡Ay si llevares
al templo de la paz el hierro insano,
y á la casa de Dios tu planta impía.
REY. ¿Por qué invades la mia
entónces, con el látigo en la mano?
¿Te llamas emisario de la altura?
¿Apóstol del que ha muerto por el hombre?
¿Y vienes á ensañarte en mi amargura?
(Á una seña del Rey los soldados se llevan al Obispo.)
Un ministro de Dios, sólo en su nombre
puede tener palabras de dulzura.

ESCENA X.

REY, BRITEIROS, ALFONSO.

BRIT. Monstruo! Castigo tu arrogancia pide,
castigo y compasion.

REY. ¡Nadie la tiene!
¡Oh! Ausentaos, prior, ántes que olvide
vuestra ciega virtud, que aún me contiene.
¿En donde está Mencía? (Á Alfonso.)
Ni una frase
ante ella. Vete si la paz deseas. (Al Prior.)
¡Mencía! (Llamando.)

ESCENA XI.

DICHOS, MENCÍA.

MENCIA. ¡Esposo!

REY. ¿Oís? ¡Bendita seas!
¡Ah! ¿Quién la arranca de mis brazos?
(Lanzándose á sus brazos.)

BRIT. ¡Yo!

REY. Ni una palabra!

MENCIA. Qué!

REY. Soldados!... fuera!
(Señalando al Prior.)

BRIT. Incés!...

REY. ¡Ahogadle!
(Rapidísimo, y en la mayor cólera. Echánse sobre él los soldados.)

MENCIA. Habla!

ALF. (Cayendo de rodillas ante el Prior.) Piedad!

BRIT. No!
(En un movimiento de energía, sofocado por los soldados y reuniendo todas sus fuerzas.)

ESCENA XII.

REY, MENCÍA, ALFONSO.

MENCIA. Don Sancho!

REY. Hay que luchar, lucha de fiera!
Ay si á mi lado tu valor desmaya!
MENCIA. Pues quién pretende?
REY. ¿Hay quien pudiera
ni soñarlo? Vizcaya ha ambicionado
el castellano rey... Mia es Vizcaya!...
mia eres tú...
MENCIA. Ves la razon de Estado?
Comprendes, Sancho mio, lo que impera?
¡Repúdiame!
REY. ¡Oh! Aunque el Papa lo exigiera!
MENCIA. Si lo exige tu gloria te perdono;
nazca de mi dolor, será hija mia.
¿Si creerán esos hombres que Mencía
tiene su corazon clavado al trono?
REY. Mujer, tú salvas la naturaleza
de su oprobio mortal, de mí eres parte
y al lado de tu esposo es tu destino,
no tiene para mí el poder divino
un castigo mayor que abandonarte.
MENCIA. Qué!... Sancho... Alfonso...
REY. Calla!...
MENCIA. ¿En tus mejillas
lágrimas?
(Dirigiéndose á Alfonso é interrogándole con energía.)
ALF. (Ocultando su emocion.)
¡No!
MENCIA. Decidme qué ha pasado.
REY. ¡Ambicion!...
ALF. ¡Crueldad!
MENCIA. ¡Maldito nombre!
Esposo, basta, unidos lucharemos.
¿No es la mujer el corazon del hombre?
REY. ¿Olvida el tuyo que nació en Castilla?
MENCIA. Donde nace el deber allí nacemos.
(Alfonso para huir de las preguntas de la reina se habrá retirado al balcon, y desde allí exclama:)
ALF. Oid: rumor de gente y armaduras.
MENCIA. ¡Arqueros y caballos! (Al balcon.)
REY. (En la escena.) Sí, es la plebe
amotinada por ese hombre ciego...

Plebe ingrata! Llegó la hora en queedba!
tragar el fruto amargo de su hechura!
Fuego encendió... Que la estermine el fuego!
(Va á salir.)

ALF. (Aún desde el balcon, conteniéndole)
Tened, señor! Mi padre, su mesnada;
los pendones de Sousa y los de Eguía.

REY. ¡Son nuestros!

MENCIA. Es la hueste convocada
por vos para vencer la rebeldía.
Que entren, Alfonso.

ALF. ¡Espléndida jornada! (Váse.)

ESCENA XIII.

REY, MENCÍA.

MENCIA. ¿Dí, qué sucede, esposo? Qué sucede?
Qué mal nos amenaza? En un momento
ví cambiar el color de tu semblante:
¿dímelo por piedad!

REY. Que ya no puedo
marchar.

MENCIA. ¿Por qué? ¿no escuchas?

REY. ¿Yo alejarme
y el santuario dejar de mis recuerdos
en guarida de lobos convertido?

MENCIA. La impunidad engendra menosprecio.

REY. ¡Llega hasta aquí la mano de Castilla,
llega hasta Roma!...

MENCIA. ¡Pero no hasta el cielo!
Un labrador puede vivir honrado
donde haya tierra que le dé sustento:
para un rey no hay más sitio que su trono.
Tú ademas tienes otro que es mi pecho:
aquí siempre estarás, esposo mio,
como la estrella está fija en el cielo
donde siente pasar sin que la nueva
la tormenta que arrastra los imperios.

REY. ¡Oh!

MENCIA. ¡Dime!.. ¡algo me ocultas!.. De rodillas!..
solo he rogado á Dios como le ruego.

(Arrodillándose.)

REY. ¿Me amas?

MENCIA. ¡Sí!

REY. ¿Más qué á todo?

MENCIA. ¡Más qué á todo!...

REY. Ve que eres reina...

MENCIA. Pero tú mi dueño.

REY. ¡Mi existencia es tu amor!

MENCIA ¡Tu amor mi vida!

REY. ¡La paz no está en el trono!

MENCIA. Renunciamos
al trono...

REY. (Levantándola y abrazándola.)
Tú lo has dicho!

MENCIA. (Pausa. De repente cambia de actitud.)
¡No!... ¡Hijo mio!..

REY. ¡Mencía!

MENCIA. ¡Nunca! Si nos diese el cielo
un hijo!... un hijo tuyo! el más hermoso!...
(Con ternura.)
el más amado!... y mísero heredero
de qué? de nuestras locas amarguras!
Condenado á llorar lo que perdieron
por cobarde egoismo!... Oh esposo mio!...
Qué deshonra! qué infamia! qué tormento!
Hundirle el porvenir desde la cuna!

REY. ¡No! (Exaltado.)

MENCIA. En mis entrañas va! Róbale el cetro!

REY. Mis armas! Mi caballo!

SOB. (Apareciendo en el fondo.) Las mesnadas
aguardan!

ALF. (Entrando.) ¡Adelante, caballeros!

ESCENA XIV.

REY, MENCÍA, SOBERASA, ALFONSO, despues BRAGANZA, PORTOCARRERO, SOUSA, AGUIAR, vestidos para combate. Gefes de diferentes armas, pajes con pendones y soldados, llenando el espacioso atrio del fondo.

REY. (Á Mencía.)
¡Ah! Pero tú... ¿quién guardará?...

MENCIA. Mis tropas
vizcainas.
ALF Y Alfonso con su acero.
REY. Sí, á tu honor la confío.
ALF. ¡Por mi vida
lo juro!
REY. Gracias. (Estrechándole la mano.)
Soberasa, adentro
de Lisboa esas tropas.
(Habrán entrado todos.)
BRAG. ¡Señor!
TODOS. ¡Viva!
REY. ¡Voz santa de la gloria! Cuánto tiempo
hace que no vibraste en mis oidos:
resuena en mí como en el mar el trueno!
MENCIA. Tomad, Sancho, la espada: (Dándosela.)
nueva esposa
fiel cual yo: mi ventura la encomiendo.
REY. Hé aquí la honrada herencia de mis padres;
esta es la que os guíaba en Alentejo:
la que hoy lleva á los campos de la gloria
juntos al mismo rey y al mismo pueblo.
(Traen la bandera real, donde vendrán tambien grabadas las armas castellanas.)
¿Ves? Tus leones, tus castillos vienen
(Á Mencía.)
á lidiar á mi lado.
MENCIA. ¿Qué habeis hecho?
REY. Unir como dos almas dos destinos.
¡Mi corona! (Traen la corona al Rey.)
Jurad, bravos guerreros,
jurad, que si el combate me depara
morir por mis vasallos como bueno,
mi corona teñida con mi sangre
os guardará en mi esposa mi recuerdo.
BRAG. (Extendiendo la espada.)
¡Viva la reina, portugueses!
TODOS. (Extendiendo sus espadas.) ¡Viva!
REY. Mi agradecido corazon es vuestro.
Esta bandera que la gloria agita
será mi trono y el hogar del pueblo.
Adios, amor y paz! La patria gime

por traidores vendida al extranjero,
sus hijos todos á salvarla acudan
seguros de alcanzar laurel eterno;
los que deban volver, de la alta fama;
los que deban morir, del alto cielo!
(Dispónense á marchar.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion de la Reina en palacio; puerta principal al fondo; otra pequeña á un lado; balcon á la derecha; mesa y recado de escribir á la izquierda cerca de la puerta lateral.

ESCENA PRIMERA

ALFONSO, al balcon; despues PORTOCARRERO, que entra por el fondo: CUARDIAS.

ALF. (Hablando con un guardia que se supone estar fuera.)
Ballestero,
de la torre que al campo domina
espía el sendero,
y apunta certero
si alguno al alcázar su gente avecina.
PORT. (Entrando y oyendo á su hijo.)
Pudiera
no acertar á romperse en la cota
su flecha certera.
ALF. ¿Vos? padre...
PORT. Cualquiera
dirá que previenes batalla ó derrota.
ALF. ¿En dónde
vos estábais?
PORT. ¿Lo ves? á tu lado.

Las armas esconde;
tu padre responde
que no es del peligro el tiempo llegado.

ALF. No obstante,
de la noche en la calma sombría,
se oyó un incesante
murmullo...

PORT. El sonante
batir de las ondas que el mar sacudía.
¿Quién dijo?...

ALF. Apoyado en las altas almenas,
allí ansioso y fijo,
velaba vuestro hijo
y aquella á quien roban el sueño sus penas.

PORT. ¿Y oiste?...

ALF. Un rumor como el viento lejano;
la reina su mano
tendió y con voz triste
«nos cercan,» me dijo.

PORT. No fué temor vano.

ALF. Entónces,
ví entre rápida luz oscilantes
y ménos distantes
las armas, los bronces,
y ví que avanzaban á pasos gigantes.
¡Alerta!
yo grité del intento seguro;
la guardia despierta,
reforza la puerta,
levanta el rastrillo, se extiende en el muro;
y aclama
de su reina el valor majestuoso;
su voz nos inflama
y allí al peligroso
combate se apresta, más diosa que dama.
¿Fué el cielo
quien rompió aquel tropel de improviso
cual monte de hielo?
¿Fué acaso el recelo?...

PORT. Yo fuí. (Á los guardias.)

ALF. Retiraos.

PORT. Señor...

Es preciso
hablarte
como se habla al final de la vida;
tú y yo somos parte
de aquella ofendida
nobleza, á quien debes desde hoy consagrarte.
(*Á una seña de Alfonso los guardias salen.*)

ESCENA II.

PORTOCARRERO, ALFONSO.

ALF. Hablad.
PORT. Pues eres testigo
de lo que la reina intenta,
¿qué ha resuelto? ¿con quién cuenta
en grave caso?
ALF. Conmigo.
PORT. No; el deber que á una extranjera
te hizo fiel ha terminado;
la salvacion del estado
es la lealtad primera.
ALF. No os entiendo.
PORT. Sí, hijo mio,
desde anoche Soberasa
está en mi poder; tu casa
recobra su poderío.
ALF. Pues cuando hoy queja pendiente,
¿no me habeis dicho, señor;
para dos hombres de honor,
dos espadas solamente?
PORT. Es que otra lucha ha empezado;
y entre la fuerza y el arte
llevamos la mejor parte;
¿quién la disputa al soldado?
ALF. ¿Soberasa preso?
PORT. Estaba
así pactado en la union
sagrada.
ALF. Creí que el perdon
del Rey, padre, os obligaba
á competirle en nobleza.

PORT. Tú no sabes lo que digo;
quité al Rey un enemigo,
¿le hay mayor que la bajeza?
Otro falta todavía.

ALF. Pues quién manda en Portugal?

PORT. Lo manda el Papa, que igual
no tiene en sabiduría.
Padre soy y en mí pretendo
elevarte sobre todos.

ALF. Señor, pero no por modos
que os repito que no entiendo.

PORT. Quiero de doña Mencía
saber cuanto haya pensado.

ALF. ¿Me pusísteis á su lado
como noble ó como espía?

PORT. Es que son altas cuestiones...

ALF. En que acaso hombres sagaces
quieran haceros secuaces
de sus mismas ambiciones.
Tal vez la experiencia os diga
que acierta el que ménos sabe,
porque... quién enseña al ave
á conocer su enemiga?

PORT. Hijo, ¿olvida tu cariño
quien soy?

ALF. Sois mi padre amado,
un noble que me ha enseñado
á ser noble desde niño.
Y si ahora tendiese un velo
sobre honra que es vuestra y mia,
señor, sé que lloraría
mi madre que está en el cielo.

PORT. (Conmovido.)
Oh!... ¡aquella santa!... Mas cuando...
es preciso...

ALF. ¿La traicion?

PORT. ¿Quién lo piensa?

ALF. Un corazon
que estais sin saber matando.

PORT. Ya lo sé; no es lealtad
lo que á esa mujer te obliga;
es... (Con intencion. Alfonso se inmuta.)

¡No temas que lo diga!
Pronto acabará, es verdad,
el imperio de esa dama.
¡Triste imperio!

ALF. ¡Oh!... ¿Quién os dijo?...

PORT. Tú; que un alma jóven, hijo,
está en los ojos cuando ama.

ESCENA III.

DICHOS, MENCÍA.

ALF. ¡Ah!...

MENCIA. Dios guarde al caballero.

PORT. Dios guarde á doña Mencía.

MENCIA. ¿Nuevas de su Rey venía
buscando Portocarrero?

PORT. Señora, si faustas son
oiré con placer las nuevas:
¡tengo aún que dar muchas pruebas
á mi Rey de mi adhesion.

MENCIA. Mucho á don Sancho le oí
de vos.

PORT. Señora, me honrais...

MENCIA. Á vuestro hijo no olvidais
ya que me olvideis á mí.
Y no es quejarme de vos,
que en mi soledad yo gano
pensando en el soberano,
rezando por él á Dios.
Pero hablad, si otro interés
á más de eso os trae aquí;
la reina os escucha. (Siéntase.)

PORT. Sí;
mi conciencia.

MENCIA. Sagrado es.
Mas de don Sancho os abono
que por conciencia no entiende
la voluntad que se vende
por un pan... ó por un trono.
Le da nombres la ambicion,

el éxito le da honores,
mas se queja al pisar flores
y es que pisa el corazon.
Concíencia es la golondrina
que vuelve siempre á su nido
sobre el mar embravecido
que la tormenta domina.
Y cruza el espacio eterno
entre roncos huracanes,
entre el fuego de volcanes,
entre las nieves de invierno.
Y por el pobre tejado
del humilde labrador,
deja el rico valle en flor,
deja el bosque, deja el prado.
¡Ah, por eso Dios la envía
á anunciar la primavera,
que la virtud por do quiera
va llevando la alegría.

PORT. ¿Cómo hablaros?...

MENCIA. Como halleis
ó más fácil ó más corto...

PORT. Preso al Obispo de Oporto
contra justicia teneis.

MENCIA. Es verdad que no debiera
en justicia él solo estarlo.

PORT. Tócale al Rey enmendarlo.

MENCIA. Y entónces de vos, ¿qué fuera?

PORT. Por su injuria está la mano
de Dios sobre el reino alzada.

MENCIA. Sí que lo está, y es la espada
que esgrime su soberano.

PORT. Briteiro en tanto camina
á presentarse al concilio,
á pedir al Papa auxilio,
á vengar la honra divina.

MENCIA. ¿Intenta ese hombre funesto
turbar por un sedicioso
del pueblo entero el reposo?
¿Y se llama virtud esto?

PORT. Contra la impiedad reclamo.

ALF. No lo fué; yo lo ví y debo...

PORT. ¿Quién os llama aquí, mancebo?
MENCIA. ¿Qué sabeis si yo le llamo?
PORT. Así dice la nobleza
que el mal no es obra del Rey.
Ya se arma el pueblo, y la ley
de represalias empieza.
Hánme arrancado la llave...
han prendido á Soberasa...
MENCIA. ¡Portocarrero! (Levantándose.)
PORT. Esto pasa;
lo que pasará... ¡quién sabe!
MENCIA. ¡Llegais hasta amenazar!
PORT. Señora...
MENCIA. Bien, desde aquí
sois responsable ante mí
de cuanto llegue á pasar.
Y alcanzareis fama y loa
de prudente y de esforzado.
Portocarrero es nombrado
gobernador de Lisboa.
Mas ¡ay de vos si el dia pasa
sin estar todo á mi ley!
preso el que ha prendido el Rey
y en libertad Soberasa.
(Portocarrero se dispone á hablar; la reina le interrumpe.)
No admito excusas.
(Llévale á un ángulo de la escena y le dice sin que les oiga D. Alfonso.)
Si ajenas
causas triunfan, no olvideis
que un hijo en rehenes teneis
¡y que en palacio hay almenas!
PORT. ¡Qué horror!
MENCIA. (Deteniéndole aún.) Como á hijo le quiero,
pero él responde de vos.
(Portocarrero con emocion y despecho va á salir apresurado: su hijo le detiene junto á la puerta del fondo y le dice alegre, señalando hácia la reina y haciéndole despues una pomposa cortesía.)
¿Veis?... ¡Gobernador!!

PORT. (Con amarga ira.) ¡Sí!
(Repente.) ¡Adios!
MENCIA. Lo dicho, Portocarrero. (Sale Portocarrero.)

ESCENA IV.

MENCÍA, ALFONSO.

MENCIA. (Hácia el balcon.)
¡Mercenarios y traidores
sin grandeza ni osadía!
¿Cómo será el lodo, si estos
son los gusanos que brillan?
Vence, don Sancho, descuella
sobre estas hienas raquíticas:
vence, ¡estoy de tí orgullosa!
ALF. Sí.
MENCIA. Apartad, no quiero espías.
¡Comienza la tarde y nada
se percibe hácia Castilla!
¡Oh corazon, cada ráfaga
de viento tu golpe agita!
Si llegan hoy esas tropas...
si llegarán
(Al volverse ve otra vez á Alfonso.)
¿Todavía
estais aquí?
ALF. Lo he jurado
al Rey.
MENCIA. (Llevándole al balcon.)
Llega, ¿qué divisas?
ALF. Nada: una calma...
MENCIA. No importa;
como esa calma es la mia.
ALF. ¿Recordais que Soberasa
no ha podido conducirlas?
MENCIA. Soberasa? Oh, sí, recuerdo:
dime cómo fué esa digna
accion; ¿de tu padre fuiste
cómplice en su alevosía?
Cuenta mientras estas horas
miserables agonizan.

ALF. Nada sé.
MENCIA. ¡Alfonso!...
ALF. Señora,
¡por piedad! Dios no permita
que un dia comprendais la honda
adoracion que mi vida...
MENCIA. (Examinándole con fijeza.)
Alfonso,... te creo. Es la única
mirada que no vacila.
¿Qué sabes de Soberasa?
ALF. Que las gentes le designan
como fatal á sus reyes.
MENCIA. De su prision.
ALF. Prevenida
estad, señora; algo grave
por momentos se aproxima.
No sé lo que es, lo presiente
mi alma.
MENCIA. Y tambien la mia.
Oh, no; á humillarse en el polvo
la virtud no se resigna.
Luchemos: escribe, ¿puedes?
(Alfonso se coloca al lado de la mesa y se dispone á escribir; la reina se sienta en el lado que cae hácia el balcon, en la mesa tambien.)
ALF. Dictad.
MENCIA. Te impide la herida?...
ALF. No; ya el dolor es mi hermano.
MENCIA. (Dictando.)
«*Al alcalde de Coimbra*
dos palabras. *En Lisboa*
falta un brazo leal.»—Por firma
el sello del Rey.
(Mirando hácia el balcon.) ¡Ni el céfiro
mueve las hojas caidas!
Dime, ¿por qué le juraste
al Rey que no dejarías
mi lado?
ALF. ¡Ah!... porque el ángel
que abrió con dulce sonrisa
al sentimiento mi alma,
fuisteis... lo sois todavía;

y hay plantas que sin la atmósfera
que las abrió se marchitan.

MENCIA. Muy fiel éres, don Alfonso.

ALF. ¿Fiel?... ¡Es palabra tan tibia
para expresar sentimientos
de apasionada...

MENCIA. (Interrumpiéndole.) ¿Hidalguía?
¿Por eso no más, juraste?

ALF. ¡Cuánto hace que mi cautiva
razon lo ha jurado!

MENCIA. ¡Alfonso!

ALF. Perdon...

MENCIA. Te ruego que escribas.

ALF. Ternura teneis de madre.

MENCIA. Y de madre muy benigna.
(Dictando.)
«Á Paez el guarda joyas,
que las tropas vizcainas
entren en palacio al momento.»
(Hácia el balcon.)
¡No aparecen todavía!

ALF. (Se levanta y presenta á la reina los pergaminos.)
Firmad.

MENCIA. ¿Tiemblas? estás pálido.

ALF. Pálido!... Es que aún mortifica...
(Indicando el brazo herido.)

MENCIA. Mal estás para un combate.

ALF. ¡Con el corazon se lidia!

MENCIA. (Coge los pergaminos y mientras los repasa y sella dice:)
Cuando el Rey vuelva y el reino
cobre su grandeza antigua,
caballero será el paje
digno de su gerarquía.
Yo te ceñiré la espada.

ALF. ¡Qué contra mi pecho sirva!

MENCIA. Ya es hora de que abandones
retiro que inutiliza
las hermosas esperanzas
á tu nombre prometidas;
brillarás en los torneos
ostentando por divisa

en el centro de tu adarga
amorosas siemprevivas.
Y al volver de las fronteras
de gloria la sien ceñida,
mezclen suspiros las damas
á los entusiastas vivas.
Que nunca adornan las flores
que en la sombra se aniquilan,
ni el pecho de la belleza
ni la frente esclarecida.

ALF. ¡Para qué!

MENCIA. El deber lo manda.
Mi ambicion no lo codicia;
vos marcais el horizonte
de las ilusiones mías.
El mundo debe ensancharlas,
el amor doblar su vida.

ALF. Tumba de amor es mi pecho.
¡Si supierais!... no; divisa
de mis locos pensamientos
será una estrella extinguida.
Con mis recuerdos dejadme,
que mi dolor divinizan;
el mundo, el amor, la gloria,
no quieren almas marchitas.
Mi camino es el del cielo
si con ayes se conquista;
¿á qué arrastrar por la tierra
este cilicio de espinas?

MENCIA. La imaginacion enferma
tienes.

ALF. ¿La gloria podría
un imposible?

MENCIA. No.

ALF. Entónces
no tiene fin mi desdicha.

MENCIA. Vencerte podrás como hombre.

ALF. Cuando se extrae de la herida
el hierro... ¡se muere!

MENCIA. ¡Calla!
que tu lealtad... es perfidia!

ALF. (Agitado en el colmo de la emocion.)

¡Insensato!... si en un hombre
no fuesen manchas indignas
las lágrimas... que me ahogan,
que arrancan como fundidas
gotas de plomo candente...
¡Perdonadme!... ¡no podría
respirar!
(Ahogado por los sollozos se echa á los piés de la reina y se cubre el rostro con las manos.)

MENCIA. Llora, que el llanto
el corazon purifica.
La reina no ve en tus ojos
más que lágrimas sumisas.
Vé á la tumba de tu madre,
(Levantándolo con dulzura.)
pide perdon de rodillas
por tus palabras... ¡acaso
esté llorando al oirlas!

ESCENA V.

DICHOS, PORTOCARRERO, OBISPO, NOBLES, por la puerta del fondo.

MENCIA. Oh! qué es esto?
OBISPO. Esto es, señora,
que las altas gerarquías
de la iglesia y el estado
á la concordia os invitan.
MENCIA. Obispo, y vos á mis ojos
desplegais tal osadía?
OBISPO. Perdonad, llaves hermanas
el cielo no necesita.
MENCIA. (Á Portocarrero.) Gobernador de Lisboa,
¿quién le absolvió?
OBISPO. Otra justicia
superior á la del mundo.
MENCIA. En él estais todavía
y acaso marchando al vuestro
con pie tenaz y harta prisa...
(Á Portocarrero.)

Hablad, sabeis quien responde.

PORT. Vos no amais la tiranía;
yo rompí su cautiverio
y lo rompereis vos misma.
Al Rey no atento, os lo juro,
en mí su poder se afirma,
mas quiero que su memoria
ante el mundo quede limpia.
Á vuestro honor, apelamos,
no ama quien no sacrifica
el deleznable egoismo
por el bien que inmortaliza.

OBISPO. Oid el inquebrantable
deber que hasta vos nos guía.

MENCIA. Yo no escucho á mis vasallos
en insolente cuadrilla.

OBISPO. Es preciso: á lo que vienen
es á imponeros sumisa
abnegacion por la patria,
por el trono que peligra.

MENCIA. ¡Imponer! ¿con qué derecho?

OBISPO. Con la fuerza si es precisa.

ALF. ¡Vive Dios!

PORT. (Conteniéndole.)
Silencio, Alfonso!

MENCIA. ¡Soldados!

PORT. Oid tranquila,
nadie os contesta.

MENCIA. ¡Oh traidores!
(Movimiento general de indignacion.)

PORT. Ese nombre...

MENCIA. No os dé grima;
ni en el alma ni en el rostro
llevais otra cosa escrita.
Buitres que graznais en todas
las discordias fratricidas,
pueblos y oro devorando,
¿por qué no seguís la invicta
bandera del rey don Sancho, (Á Portocarrero.)
el que os perdonó la vida?
¿Es que me habeis rodeado
de villanos y de espías?

¿que habeis comprado mis gentes?
¿que me acecha la perfidia?
¿Por vuestras pobres esclavas
á vuestro capricho uncidas,
pensais que no hay más recurso
en la mujer que ser víctima?
No; la esposa castellana
gime, pero no se humilla.

OBISPO. Sóla estais.

MENCIA. Con sus deberes
nunca está sola Mencía.

PORT. Oid...

MENCIA. ¡Á ninguno! Alfonso,
mis órdenes.

(Alfonso con los pergaminos en la mano se dirige resuelto hácia la puerta, pero uno de los nobles se coloca en el dintel cubriéndola.)

NOBLE. ¡No hay salida!

ALF. ¡Viles!

PORT. ¡Calla! (Apartándole.)

OBISPO. (Á Mencía.) ¿Estais dispuesta?

MENCIA. Como leona que hostigan;
¡dispuesta á morir! ¿Qué noble
debe ser de accion tan digna
el primer brazo?

OBISPO. La cólera
sin fé ni razon delira:
¿manos á Dios consagradas
rebajarse á tal mancilla?
Él la blasfemia os perdone!

MENCIA. ¿No matais? Pues de mi vida
no espereis más que implacable...
¡Ay si la victoria es mia!

OBISPO. Venimos por vos, señora,
bajo autoridad divina;
la resistencia es inútil,
profanacion la energía.
Ni sois esposa ni reina.

MENCIA. ¡Qué horror!

ALF. ¡Miente quien tal diga!

OBISPO. Solemnemente os conjura
quien ni teme ni suplica,

quien los cetros más robustos
despedaza como aristas,
que eviteis con vuestra ausencia
de Portugal la ruina,
rompiendo el lazo funesto
que en mal hora al Rey os liga.

MENCIA. Don Sancho os responda, Obispo.

OBISPO. Sí, que en vos responde la ira.

(Alfonso, retirado de la puerta, habrá ido por detrás de los nobles acercándose al balcon, y una vez en él arroja al ballestero con quien habló al principio del acto el rollo de pergaminos.)

ALF. ¡Dios nos salve!... ¡Ballestero,
toma!

PORT. ¡Hijo!

ALF. (Se arranca el collar de perlas y lo arroja tambien al ballestero con rapidez y decision.)
¡Toma! ¡Honra obliga!

OBISPO. ¡Al ballestero!

PORT. ¡Al palacio!

(Unos quieren abalanzarse hácia el balcon.)

ALF. (Colocándose en él con los brazos abiertos para impedir que se asomen.)
¡No hay salida!

(Se dirigen en tropel á la puerta. La reina se habia colocado en ella con imponente actitud.)

MENCIA. (Deteniéndolos.) ¡No hay salida!

(Momentos de confusion; uno de los nobles se dirige amenazador á D. Alfonso.)

NOBLE. ¡Arrojadle!

PORT. (Acudiendo á su hijo.) ¿Quién ha dicho
tal infamia? Es sangre mía.

OBISPO. (Sobreponiéndose á todos.)
Señores, calma.

MENCIA. ¡Ya empiezan
á conocer á Castilla!

OBISPO. Vos conocereis del Papa
el poder que en Dios estriba.
Amad pues de una corona
la brillantez fugitiva
aunque abrasen sus diamantes
como centellas malditas

la mies del pobre, hasta el alma
del esposo que os la brinda.

MENCIA. Amo, sí; no la corona
ni la dicha: ¿qué es la dicha!
Amo el honor de un esposo
del que he jurado ser digna;
amo la fé del martirio,
amo la virtud que lidia,
y al recordar cuanto él vale
á él le amo más todavía.

OBISPO. Su Santidad lo ha ordenado.

MENCIA. ¿Qué poder os autoriza?

OBISPO. Su santo breve, leedlo;
la luz que el alma ilumina
penetre en vos.
(Va á darle el breve.)

MENCIA. (Apartándolos.) ¡Caballeros,
atrás!

OBISPO. Leed. (Insistiendo.)

MENCIA. ¿Qué importa? ¿Afirma
el Papa que sois honrados?
¡mi alma os dice que es mentira!

OBISPO. (Leyendo.) «Apartad, vos mis prelados,
»del lecho que contamina
»esa ilustre pecadora.»

MENCIA. (Arrancándole el pergamino en un movimiento de exaltacion.)
¡Oh!

OBISPO. Sí, esa union es maldita.

MENCIA. ¿Maldito un derecho santo?
¿la union más noble y legítima?
¡Oh esposo mio!... ¡estos hombres
qué habrán amado en su vida!
(Pasa la vista por el pergamino.)
¡Dios piadoso!... ¡Incesto!

OBISPO. Incesto;
así lo dice.

MENCIA. (Cayendo como desplomada en un sillon.)
¡Ay Mencía!...

OBISPO. Nosotros...

ALF. Callad, Obispo,
vuestra piedad os obliga

á respetar la amargura,
ya que derramais su acibar.

MENCIA. ¡Si no es posible que sea
realidad tanta agonía!
La piedad está arrojada
del mundo!

OBISPO. En Dios se limita.

MENCIA. (Leyendo.)
«Esta es nuestra inquebrantable
»voluntad, por la armonía
»de los pueblos con sus reyes...»
(Arrojándolo y levantándose.)
¡Horror!... Esto es una víbora!

ALF. ¡Lágrimas hay en sus ojos!

MENCIA. ¡No; las lágrimas mitigan
el dolor, pero no abrasan,
no ahogan como estas mias!
¡Esto no es llanto, esto es sangre
que brota del alma herida!

OBISPO. Acabe el amor mundano.

MENCIA. Sí, acabará con la vida.

PORT. Por el Rey.

MENCIA. Por él tan solo,
por él mi dolor suspira!
Y él no sabe... para siempre!...
¡pobre alma, pobre alma mia;
qué hemos hecho!... El sentimiento
que en el corazon palpita,
¡quién le borrará!... ¡Qué es esto
que me impulsa á que resista!

ALF. ¿Pensais?

MENCIA. (Con angustia.) ¡Alfonso!...

ALF. (Á su lado.) ¡Señora,
no! ¡no!!

OBISPO. (Acercándose á la reina, que quedará en medio de él y D. Alfonso.)
¡Incesto!

ALF. Su aguerrida
hueste, á rendiros su gloria
volverá.

OBISPO. Su rebeldía
á las órdenes del cielo

le hará de los cielos víctima.

ALF. ¡Flectio está aquí!...

OBISPO. En el concili
el prior... ¡temed su venida!

ALF. El Rey os ama, os amamos
todos... ¡hay armas!

OBISPO. Las villas
se alzarán contra su crímen.

ALF. Él no os abandonaría.
¿Su bravura esto merece?

MENCIA. (Rompiendo angustiada por medio de ambos.)
¡Cesad, cesad!

OBISPO. (Insistiendo aún.) Su injusticia
le derribará del trono
que en Roma su hermano envidia.

MENCIA. Sí, sí; su hermano... ¿y yo puedo?...

OBISPO. La corona suspendida
de un abismo rescatarla.

PORT. Esa es del Rey; ¿quién la quita
de sus sienes?

OBISPO. Esta débil
mujer, que al infierno auxilia.

MENCIA. Obispo, ese pensamiento
no es digno de vos, quien diga
que mi mano pudo herirle,
séanle todas enemigas.
Por su gloria, por su alma,
¡qué dolor no arrostraría
la esclava de su cariño?
Vamos; ya abarca mi vista
un océano de sangre
que en su porvenir se agita.
¡No merecísteis, Rey noble,
que cetro en vez de hacha rija!
Resignada estoy, marchemos.
Dios juzgará... ¡hay otra vida!

ALF. Detened!

MENCIA. No, pobre Alfonso,
¡si es preciso!... no resistas,
¿crees que yo?... ¡adios! ¡Acaso
alguna vez me bendiga!
Dile todo cuanto siento,

¡que le amo!... ¡No se lo digas,
no quiere Dios! Que muy pronto
iré á esperarle tranquila
en donde esperan las almas
sus ilusiones perdidas.

ALF. ¡No partireis!

MENCIA. ¿Ves? sin lágrimas,
pero aquí.. (Al corazon.) ¡aquí se agoniza!

PORT. (Acercándose al Obispo.)
Ese rumor que se acerca... (Clarines lejanos.)

ALF. (Oyendo con ansiedad.)
¡Clarines de guerra vibran!
¿Ois?

MENCIA. ¡Ellos son!

OBISPO. ¡Qué importa!

ALF. (Lanzándose al balcon.)
¡Nuestras tropas vizcainas!
(Cambian las actitudes de los que están en escena. Desde que Portocarrero avisó al Obispo comienzan á oirse lejanas trompetas, que van acercándose: ansiedad.

MENCIA. (Examinando al Obispo.)
¡Obispo, el breve en la mano
os tiembla!... Vuestra faz lívida
no es la del justo...
(Como iluminada por una duda repentina.)
¿Es qué un crímen
va á sorprender la justicia?

OBISPO. (Á Portocarrero.)
Portocarrero, á la guardia
bajad vos.

PORT. La guardia es mia.

OBISPO. Evitad lucha.

PORT. Si vienen
por sangre, el hierro decida. (Sale.)

ESCENA VI.

DICHOS, ménos PORTOCARRERO.

OBISPO. Señora, sois responsable
ante Dios de la ruina

de Portugal, de la sangre
que por vos será vertida.

MENCIA. ¡Dios mio!... por vuestra Madre!
Inspiradme vuestra altísima
voluntad!... ¡Hablad á mi alma!

ALF. Á mí ese son me la inspira:
¡humillaos!... Ya se acercan...
Ya llegan... Á una voz mia
os veré morir!

OBISPO. (Queriendo detenerle.) ¡Alfonso!

ALF. ¡Prisioneros, de rodillas!
(Al balcon, gritando.)
¡Sus! ¡viva la reina!
(Momentos de un absoluto silencio. D. Alfonso queda un instante como asombrado, baja la espada que al acercarse al balcon había desenvainado con orgullo y amenazador.)

OBISPO. (Con alegría reprimida y á media voz.) ¡Callan!...

ALF. (Recobrando mayor brío.)
¡Mentís! (Vuelve á asomarse y á gritar con más ímpetu.)
¡Vizcainos, viva
la reina!
(Igual silencio. Las trompetas suenan ya muy lejanas.)

MENCIA. (Aterrorizada.) (¡Callan!)
(Alfonso queda en el dintel del balcon, creciendo por minutos su abatimiento, con la espada baja.)

OBISPO. ¡Se alejan!
(En el silencio de estas pausas se oye el golpe de la espada que cae de las manos de Alfonso.)

MENCIA. ¡Señor!... ¡Héme aquí sumisa
á seguirte en tu calvario
con mi corona de espinas!

OBISPO ¡Ya lo ois!

MENCIA. Abrid, bajemos,
quien no tiemble que me siga.
(Se dispone á salir. Alfonso al verla marchar sale de su abatimiento y con un rápido arranque de cólera á su lado.)

ALF. ¡No, vive Dios, lo he jurado
por mi honor y por mi vida!

MENCIA. Alfonso!

ALF. (Creciendo en coraje y decision.)
Sereis ingrata,
yo soy fiel.

OBISPO. ¡Ve que peligra
tu existencia!... ¡aparta!

ALF. ¡Yo amo
tambien! ¡Atrás! Mientras ciña...
(Echa mano á la cintura en busca de su espada al ver que los nobles se agolpan sobre él en ademan hostil.)

NOBLES. ¡Muera!

ALF. ¡Mi espada!

MENCIA. (En medio.) ¡Cobardes,
contra un indefenso!

OBISPO. (Apartando á los demas y mostrándole la espada en el suelo.)
¡Mírala,
cayó de tus manos!
(Uno de los Nobles se dispone á cogerla. D. Alfonso se lo impide.)

ALF. ¡Nadie.
la manche! ¡No fué rendida!
De vuestras manos mi orgullo
ni á recogerla se inclina.
(Poniéndose ante la espada.)
A caballeros la espada,
para cobarde cuadrilla
de traidores y asesinos
el puñal es arma digna.
(Se arranca el puñal y acomete.)
¡Atrás vos! (Al Obispo.)
Y vos!
(Á la reina que quiere interponerse.)
(Á los nobles.) ¡Y todos!

NOBLES. (Desenvainando y lanzándose sobre él.)
¡Muera!

MENCIA. (En el último esfuerzo.) ¡No!!
(D. Alfonso cae.)

NOBLES. ¡Cayó!

OBISPO. ¡Á Castilla!

MENCIA. ¡Sí, sobre muertos!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, PORTOCARRERO, con la espada desnuda.

PORT. ¡Victoria!
MENCIA. ¡Providencia!... ¡Él respondía
por tí, responde tú al cielo!...
PORT. ¡Mi hijo!
(Á todos en ademan amenazador.)
¡Traicion!
MENCIA. ¡No, justicia!
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Puerto de Lisboa: á la derecha del espectador un monasterio con gradería.

ESCENA PRIMERA.

SOBERASA, FLECTIO.

SOB. Detened.
FLECTIO. Imposible, Soberasa.
SOB. Agitado volveis.
FLECTIO. Decid huyendo.
SOB. ¿Y á dónde vais?
FLECTIO. No sé, donde no encuentre
un hábito, á no ser en campo abierto.
SOB. ¿Á don Alonso están por rey alzando?
FLECTIO. Le alzarán; ¿á ese crímen quien se ha opuesto?
SOB. ¿Cabe tal fanatismo?
FLECTIO. Cabe todo
cuando la indignacion se trueca en miedo.
SOB. ¿Qué derechos respetan esos hombres?
¿no hay más patria ni ley que Roma y ellos?
¿su dominio es el único sagrado?
FLECTIO. A las honras del paje acude el pueblo;
ya los nobles ocupan sus sitiales

con agrio rostro, con la cota al pecho.
como si fuesen á trocar blandones
por espadas. ¡No hubiese uno entre ciento,
uno, que en el dolor de su conciencia
sintiese las heridas de aquel cuerpo!...
Adios, adios.

SOB. Tened.

FLECTIO. No; falta un brazo
leal; así la reina escribió á Flectio;
ese brazo, héle aquí: Coimbra sea
como roca en el mar y astro en el cielo.

SOB. Braganza llega; vedle, Dios le envía.

FLECTIO. ¿No partió con don Sancho?...

ESCENA II.

DICHOS, BRAGANZA.

BRAG. Caballeros,
salud á Portugal.

FLECTIO. ¿Y el Rey?

BRAG. Se acerca.

FLECTIO. ¿Vencedor?

BRAG. Vencedor.

SOB. ¿Solo?

BRAG. No acierto
qué quereis preguntar.

FLECTIO. ¿Solo, Braganza?

SOB. Decid.

BRAG. Con la victoria y con su ejército.

SOB. ¡Dios os bendiga!

BRAG. ¡Y bien!

FLECTIO. Que del naufragio
salváronse la gloria, el Rey y el pueblo.

SOB. ¿Á cuánto de aquí está?

BRAG. Breve jornada;
el heraldo soy yo de su regreso
y de su amante corazon.

SOB. ¡Braganza!...

BRAG. No me tacheis; es digno de imponernos
ese amor que en mal hora combatimos.
Pasion que al hombre infunde tal aliento

hasta trocar la mísera existencia
en un coloso de gigante esfuerzo,
es la naturaleza engrandecida;
la más noble virtud del sentimiento.

FLECTIO. ¡Oh qué tardía confesion!

BRAG. ¿Tardía?
¡pues que acontece!

FLECTIO. Un tálamo desierto,
un pantano de sangre, una corona
de espinas, hé aquí el fúnebre trofeo
que Portugal al vencedor prepara.
¡Admirad la justicia de los pueblos!

BRAG. La reina...

SOB. Ya no es reina.

BRAG. ¿Y quién ha osado?

SOB. ¿Y vos lo preguntais?

BRAG. En ese intento
yo no puse mi diestra.

FLECTIO. ¡Responsable
sin valor; vos pusisteis el silencio!

BRAG. ¿Y ella cedió?

SOB. Cedió.

BRAG. El dolor abruma.

FLECTIO. El dolor es corona de los cielos
cuanto con tanta dignidad se lleva.

BBAG. Pero y vos, ¿dónde estábais?

SOB. Prisionero.

BRAG. ¿Y los nobles?

SOB. Robándola.

BRAG. ¿Y la guardia
real?

SOB. Vendida.

BRAG. ¿Y don Alfonso!!...

FLECTIO. ¡Muerto!

SOB. El trono está en subasta; rey eligen
al que traiga más oro.

BRAG. El mio trae hierro.

FLECTIO. Y los prelados á su rey destronan.

BRAG. ¿Habeis perdido la razon?

FLECTIO. Sospecho
que sí. Los funerales se disponen
del hijo del infiel Portocarrero;

y la iglesia, la obra de sus manos
presentará á la plebe por funesto
presagio de la cólera divina.
Braganza, ya sabeis lo que es el pueblo;
entre el terror, como ancla del naufragio
á don Alonso aclamarán por dueño.

BRAG. ¿Don Alonso, el hermano de don Sancho?
¿del español monarca pordiosero?
¡Nunca, mientras yo viva! Conducidme
á ese antro.

FLECTIO. Allí le veis. (Señalando al templo.)

BRAG. Allí es un templo.

FLECTIO. La discordia hace hogar en todas partes.

BRAG. Alcaide, hablad de Dios con más respeto.

FLECTIO. Si un obispo es un Dios... he blasfemado.

BRAG. Las tropas vizcainas...

SOB. Sostuvieron
la traicion.

BRAG. Aún no es tarde.

(La campana del monasterio dobla.)

SOB. ¡La campana!

FLECTIO. ¡Portugal infeliz, tú eres el muerto!

ESCENA III.

DICHOS, PORTOCARRERO, que ensimismado y lentamente avanza por la izquierda hácia el templo.

SOB. (Señalando á Portocarrero.)
¡Mirad! Trae en el rostro la conciencia.

BRAG. ¡Sierpe de ingratitud! (Encarándose con él.)

PORT. ¡Sí! (Con dolorosa resignacion.)

BRAG. ¡Qué habeis hecho!

PORT. ¡Gemir!

BRAG. ¿Gemir?

PORT. ¡Sin compasion de nadie!
(Reconociéndole y arrojándose en sus brazos.)
¡Oh, Braganza!

BRAG. ¡Oh, infeliz Portocarrero!

PORT. ¡Era mortal! era mortal! á fuerza
de repetirlo voy tambien muriendo.

La voz de esa campana me conduce
á ver mi corazon trocado en hielo,
á esconderle en el fondo de la tierra
hasta que Dios me llame á recogerlo.

BRAG. ¿Y quién el suyo volverá á don Sancho?

PORT, ¿Don Sancho?... perdonad; como es tan denso
el crespon que la muerte ha levantado
entre mis ojos y mi pensamiento,
soy lobreguez, soy un sepulcro que anda;
pero esa voz llega hasta el fondo. ¿Ha vuelto?

BRAG. Victorioso.

PORT. ¡Hay justicia! iré á sus plantas
á escuchar la sentencia de mis yerros.
Venid, mi hijo me llama en triste queja.

BRAG. Oid, en nombre del Rey.

PORT. Hé aquí á su siervo.

SOB. ¿Sabeis que están alzando á don Alonso
por rey de Portugal en ese templo?

FLECTIO. ¿Lo sabeis?

PORT. Sobre el túmulo de mi hijo
no se alza más corona que el incienso.

FLECTIO. La esclavitud.

PORT. ¡No puede ser!

SOB. Con sangre
de vuestro hijo otra frente están ungiendo.

PORT. ¡Quiénes!

FLECTIO. Oid al Obispo.

PORT. Ese hombre ha hollado
mi corazon, ¿pretenderá de nuevo
profanar hasta la urna de mis lágrimas?
Alfonso ha dado un doloroso ejemplo
á su padre, murió como en su infancia
le enseñé que debían morir los buenos.
Rotos están los vínculos infames,
á esos hombres servimos de instrumento.

SOB. Á los ocultos planes que abrigaban
dísteis lo que jamás tuvieran ellos;
la fuerza.

PORT. Si algo borra sobre el mundo
la pisada indeleble de los hechos,
héme aquí, con la sangre que me resta,
á la final reparacion dispuesto.

BRAG. Convocad á las tropas vizcainas.
SOB. Imposible, esas tropas arrojemos.
BRAG. ¿Qué han hecho por la reina?
SOB. Conservarla
consigo, como en rehenes de su intento.
Sabeis que son? Soldados que Castilla
envía á sostener á ese rey nuevo.
PORT. Los que somos bastamos; ese Obispo
no hablará más; por mi hijo lo prometo;
ya ha trocado la mitra por las armas;
en mal hora acordó que fué guerrero!
¿Soberasa, olvidais? (Tendiéndole la mano.)
SOB. (Estrechándosela.) Yo siempre olvido
cuando una mano generosa estrecho.
FLECTIO. ¡Las naves! (Aparecen entre la lejana bruma.)
BRAG. ¡Llega el rey!
PORT. ¡Piadoso cielo,
endulzad ese cáliz de amargura
que ha de apurar su corazon sediento!
¿Y la reina en poder de esos esbirros?
Y nadie es fuerte á rescatarla?
FLECTIO. Flectio. (Sale.)

ESCENA IV.

DICHOS, ménos FLECTIO. El PUEBLO va saliendo del monasterio.

PORT. (Adelantándose, se encara con el pueblo al que detiene.)
¡Portugueses, aquí! Don Sancho vuelve
y con su sangre ha escrito sus derechos;
halle su patria digna de su gloria,
halle que merecísteis defenderos.
¡Las naves! ellas son! Las blancas alas
tiende la suya por llegar al puerto,
¡saludadla, paloma mensajera
de paz el ramo de laurel trayendo!
Nadie hay aquí que intente de su patria
vender la libertad á infame precio,
ni del aire natal que respiramos
pagar tributo humilde á un extranjero.

Quien abandona al Rey será un ingrato.
¡Viva don Sancho!

PUEBLO. ¡Viva!

SOB. (Señalando el buque real que toca en tierra.)
Hèle aquí, pueblo.

ESCENA V.

DICHOS, por la izquierda entran las tropas reales, mandadas por SOUSA y RIVEIRA; el pueblo se apiña y los soldados atraviesan la escena con pompa militar. El REY y AGUIAR en el buque.

SOUSA. Plaza, plaza al monarca victorioso.

RIVEIRA. Formadles arcos triunfales con trofeos
y banderas cogidas por su mano.

SOUSA. Alto, soldados, ensanchad el cerco.
(Forman plaza los soldados para proteger el desembarque del Rey, que aparece con Aguiar en el buque. Demostraciones afectuosas del pueblo que agita armas y gorras, etc.)

AGUIAR. (Desde el buque.)
Aquí os licencia el Rey, volved, soldados
á los hogares que dejásteis huérfanos.
(Parte de los soldados rompen filas y se confunden con el pueblo.)

UN ANCIANO. (Abrazando á un ballestero.)
¡Hijo!

UNA MUJER. ¡Esposo!

UN JOVEN. (Tirando de otro soldado.)
Tu madre está rezando,
ven, me quiso seguir, más tuvo miedo.

UNA JOVEN. (Tomando la lanza de un soldado y él la mano de ella.)
Yo llevaré tu lanza.

SOLD. Y yo tu mano.

OTRO SOLDADO. (Á un viejo.)
Gané esta herida.

EL VIEJO. ¡Es un blason eterno!

UNA MUJER. ¿Dónde está mi Fernán?

SOUSA. No llores, niña.

LA MUJER. (Internándose entre las filas angustiada.)

¡Dónde está mi Fernán que no le veo!

SOUSA. (Envainando la espada y santiguándose.)
¡Yazga en paz!
(Se acerca luego á los nobles, donde estarán Braganza, Sousa y Portocarrero, etc.)
¡Qué jornada!

BRAG. ¡El Rey peligra!

RIVEIRA. El Rey? Á su socorro.

SOUSA. (Á los soldados.) ¡Aquí los nuestros!
(Los soldados se detienen; los nobles siguen conversando con los que llegaron; el Rey y Aguiar avanzan ya por la escena.)

REY. ¡Benditas sed, arenas que formásteis
el suelo de la patria!

SOB. (Inclinándose ante él.) Á los piés régios.

REY. ¿Y ella? ¿no vino? Soberasa, sólo
falta á mi dicha el aura de su aliento,
su mirada, su voz, su amante abrazo.

BRAG. ¡Señor! (Adelantándose á besarle la mano.)

REY. ¿Nada me dice el mensajero
que presentó mi nombre á su cariño?
Vamos, el corazon en el desierto
de esta ausencia cruel ama el reposo,
la gloria abdique, á mi existencia vuelvo.

BRAG. (Deteniéndole.)
Rey don Sancho, escuchad.

REY. Leales amigos,
seguidme; no os rechazo, oiros debo
al lado de mi esposa; si es demanda
tendré á cumplirla el ánimo dispuesto;
si es dolor cruzará como una sombra,
y si es placer, tras de placeres vengo.
(Se oyen los cantos funerales del templo.)
¡Oh, triste augurio! cantos funerales;
la muerte en mi camino interponiendo
su plañidera voz... ¿Oís? resuena
pavorosa como un presentimiento.
¡Siempre el dolor! Mis preces te acompañan,
alma, que como yo, llegas al término!

SOUSA. (Saliendo bruscamente del grupo formado por los nobles.)
Llegareis. ¡Á las armas, portugueses!

REY. Aguiar, Soberasa, ¿qué es aquesto?
qué nuevas furias evocais?... ¡quién yace
allí!

PORT. (Arrojándose á sus piés.)
¡Mi hijo!

REY. ¡Monstruo del averno!
¿En dónde está la reina, si él no vive!!...

SOB. No es aún la desgracia sin remedio.

BRAG. Todos, apercibidos á la lucha,
todos, como él ha muerto, moriremos.

REY. Descorred por piedad este angustioso
sudario que me ciega; el brazo aún tengo
avezado á la muerte, entera el alma
para ver cara á cara el sufrimiento.
(Rechazando á Portocarrero.)
Huye, padre infeliz, Dios en tu frente
ha grabado la angustia de los réprobos.
Á tu dolor sin calma te abandono;
la discordia engendraste, y ella luégo
retorció para antorcha tus entrañas
como estéril manojo de sarmientos.
(Á los nobles.)
¿Callais vosotros? ¡Dónde está la reina!

SOB. Llorando está la acusacion de incesto.

REY. ¿Quién osó?...

SOB. Los prelados, que con órden
del Papa abandonaros la exigieron.

REY. ¡Y ella!

PORT. Alfonso se opuso con su vida.

REY. ¡Y tú, aún soportas de la tuya el peso!

SOB. Ante la órden terrible, ante el peligro,
mártir del amor... el sacrificio inmenso
de su ventura os otorgó!

REY. ¡Ha partido!!
Portugal, tú no sabes lo que has hecho.
¡Lo sabrás cuando clave en tus escombros
mi espada como cruz de un cementerio!

BRAG. La desterró el de Oporto.

REY. ¡Iras del crímen!
¡arrojadle á los golpes de mi acero,
y si halla salvacion... ¡yo le perdono!

BRAG. Héle allí, dando á vuestro hermano el cetro.

REY. ¿Allí á mi hermano? ¡Agita esa campana
muerte, que estás llamándole al infierno!
(Se dirige al templo.)

PORT. Adelante!

BRAG. ¡Adelante! (Síguenle todos.)

REY. (En las gradas, retrocediendo.) No; mi planta
iba á hollar á mi Dios, en vez de un reo!

ESCENA VI.

DICHOS. Van saliendo del templo los prelados en cortejo fúnebre con blandones, y se extienden por las gradas. el OBISPO cercado de lanzas extranjeras. Suenan el órgano y la campana. El interior del templo iluminado.

REY. (Encarándose en el cortejo.)
¡Volved! Aun restan muchos funerales.

OBISPO. ¡Don Sancho!

REY. El rey de Portugal dispuesto
á ser rey. ¡Ó Mencía ó tu cabeza!

OBISPO. Ya os costó la corona un sacrilegio:
hoy rasgarán los crímenes ocultos
su doblez.

PORT. Á estocadas, vive el cielo.

OBISPO. La iglesia es inmortal; el arca flota
sobre la destruccion del universo.

REY. ¿Y la iglesia eres tú? Tú eres la llaga
que de la iglesia pudre el noble seno.
¡Vasallos! si este crímen prevalece,
el crímen sea el código del reino.
Deshonrad vuestras madres, vuestras hijas
arranquen mis soldados de sus lechos,
la justicia se incline ante el despojo;
fraude, violencia, muerte, todo es recto;
¡hé aquí la santa ley que enseña ese hombre;
defendedle, emisarios del infierno!

PUEBLO. ¡Muera!

OBISPO. Atrás; nuestro rey es don Alonso.

PUEBLO. (Con más fuerzas todos los del Rey.)
¡Muera!!

REY. Ya lo oyes, si él os salva, séalo.
¿Tú cambiaste el cayado por la espada?

¡pues aparta la mia de tu cuello!
(Los soldados españoles que cercan al Obispo, in terponen sus lanzas.)

OBISPO. Huid, por compasion á vuestras vidas.
PORT. ¡Portugal y don Sancho!
LOS NOBLES. ¡Á ellos!
SOLDADOS y PUEBLO. ¡Á ellos!
(Apariencias de una inminenle catástrote. Todos los del Rey con D. Sancho á la cabeza avanzan y arrollan á los soldados de las primeras filas; el cortejo retrocede apiñándose en el pórtico del templo.)

ESCENA VII.

DICHOS, BRITEIROS que aparece en lo alto de las gradas.

BRIT. (Con voz de trueno.)
¡Atrás! ¡Ni un paso! (Todos se detienen.)
REY. ¡Prior!
BRIT. Á esa diadema
que en moneda del vicio se convierte;
á esa carne, ceniza de la muerte,
¡anatema, cristianos, anatema!
REY. Destruccion!
BRIT. Retrocede hasta el abismo
de tu conciencia, hedionda criatura;
¿Ves? (Mostrando la bula de excomunion.)
Tú arrastraste desde el cielo mismo
la losa de tu eterna sepultura.
El Papa, brazo del Omnipotente,
sobre el ímpio excomunion fulmina.
Como Cain sellada está tu frente,
de tí aparta el señor su faz divina.
Maldito por incesto; abominable
por violencia sacrílega; del trono
y la iglesia arrojado por culpable
profanacion, codicia y abandono.
Tu contacto aniquile como el fuego,
hierva tu lecho en víboras cuajado;
si invocas luz, de un rayo quedes ciego;
¡persígate el delirio, excomulgado!

REY. ¡Ungido soy!

BRIT. (Presentándola al pueblo.)
La excomunion se fije
en su trono. ¡Anatema en el maldito,
cuyo techo de ruinas le cobije!
¡tiemble el mortal que abrace su delito!
(Murmullos del pueblo y signos de terror: comienza á hacerse el vacío en torno del Rey.)

UNOS. ¡Horror! (Retrocediendo.)

OTROS. ¡Piedad! (Id.)

BRIT. (Dirigiéndose enfáticamente al cielo.)
¡Incostrastable diestra!
¡el polvo anonado te bendice!

REY. (Volviéndose á excitar á sus vasallos.)
¡Vasallos,... portugueses, la honra nuestra!

BRIT. (Bajando con ademan imponente algunas gradas.)
¡Anatema!

UNOS. (Retrocediendo más.)
¡Anatema!

OTROS. (Apiñándose despavoridos.)
¡Nos maldice!

REY. Briteiros; sangre si á los cielos plugo.
(Al pueblo.)
¿Temblais? Vuestra alma mísera ha nacido
para la humillacion y para el yugo.
Si hay crímen, el que tiemble ha delinquido
(El carácter del Rey crece por momentos. Se dirige al grupo formado por los Nobles.)
Adelante, vosotros, mi nobleza;
el corazon y la justicia os llaman.
(Viendo que esquivan sus súplicas.)
¡Lealtad! ¿tambien inclinas la cabeza?
¡Hipócritas!
(Se dirige al grupo de los soldados.)

[illegible] ¡Soldados! ¡Estos me aman!
¡Vosotros que clavasteis mi bandera
en los rebeldes agarenos muros!
(Los soldados van á seguir al Rey. El Prior baja más.)

BRIT. Maldicion es el triunfo que os espera.

REY. (Al ver que todos retroceden.)
Maldicion... ¡sobre todos los perjuros!

(Encarándose con el Prior.)
Héme aquí solo, en medio de réptiles;
ruido fué tanta audacia y tanto nombre.
¡Héme aquí solo; á mis verdugos diles
que en Portugal no había mas que un hombre!
Adios, tierra infeliz, patria adorada,
nuestros cetros cayeron en un dia.
Señor, sé tú mi amparo en mi jornada
de olvido y soledad.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, MENCÍA, FLECTIO.

FLECTIO. (Entra con Doña Mencía.) ¡Aqui!
REY. (Dirigiéndose frenético hácia ella.) ¡Mencía!
BRIT. (Interponiéndose.)
¡Apartad!
REY. Ni aunque el cielo...
(Transicion; detiénese.) Ay, no tu frente
jamás hundirse en mi infortunio vea.
BRIT. (En medio.)
¡El pecho á quien se abrace el delincuente
sea tambien excomulgado!
MENCIA. (En un arranque heróico, lanzándose en brazos del Rey despues de un momento de angustiosa lucha.)
¡Sea!!
(Flectio impide que el Prior los separe, y los reyes se dirigen al buque.)
OBISPO. (Desde lo alto.)
¡Portugal por Alonso!
FLECTIO. ¡Infamia dices!
REY. (Dirigiéndose con su esposa al buque.)
No, Flectio, basta ya de sangre hermana;
en el naufragio de la gloria humana
los que salvan su amor aún son felices.
BRIT. Hijos, rogad á Dios que en su infinita
piedad borre las huellas del pecado;
Dios da los cetros y los cetros quita;
¡Dios aguarda en la cruz al desgraciado!
REY. (En lo alto del buque, abrazando á Mencía y arrancándose la corona.)

Corona, honra y blason de mis mayores,
hoy de mi frente la maldad te arroja;
ántes que ser legado de traidores,
caiga en la inmensidad, ¡Dios la recoja!
(Arroja la corona al mar.—Cuadro. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería
6	5	Dime con quien andas—p. o. v	2	D. R. Lopez del Rio....	Todo.
6	3	Dos horas de angustia—c. o. v.	2	E. Navarro Gonzalvo.	»
6	5	El caballo blanco—j. a. p.....	2	M. Pina Dominguez.	»
7	2	El dinero en la mano—j. a. p.	2	M. Pina Domínguez..	»
7	3	El equilibrio Europeo.......	2	Sres. S. Cast. y G. de Cádiz	»
5	4	Los dedos huéspedes—j. a. p..	2	D. J. M. Anguita......	»
»	»	Jugar á la política..........	2	Ildefonso Valdivia...	»
5	3	Próspero y Vicente...........	2	R. Lopez del Rio....	»
3	4	Razon de estado—j. o. v.....	2	Eduardo Bustillo....	»
6	3	Sr. Don Lino Guerrero, Madrid	2	Julian Sanchez......	»
2	1	Amor y amor propio..........	3	Fuentes y Alcon....	»
10	1	El lego de San Francisco.....	3	J. Mota y Gonzalez..	»
5	2	El noveno mandamiento-c. o. p	3	M. Ramos Carrion..	»
5	2	El nudo Gordiano—d. o. v. ..	3	Eugenio Sellés......	»
5	2	El ramo de flores........ ...	3	Sres. Pacheco y M. Godino	»
6	2	El rosario de mi abuela......	3	D. J. G. de Lima.......	»
		Escupir al cielo—d. o. v.....	3	A. Lopez Muñoz....	»
10	2	Honor sin honra—d. o. v......	3	A. F. de la Serna...	»
3	2	La novela del amor—c. o. p...	3	Valentin Gomez.....	»
6	3	La opinion pública—d. o. v..	3	Leopoldo Cano.......	»
4	4	La tabla de salvacion—c. a. p.	3	Sres. Coello y Herrero..	»
9	4	Las penas del purgatorio-c. a. p	3	Sres. C. Arana y Fuentes	»
4	3	Saldo de cuentas—c. o. v....	3	Echev.ª y Santivañes.	»
3	3	Torcer el camino—j. o. v....	3	D. R. Martinez Aparicio	»
7	3	Un árbol torcido—c. a. p.....	3	Venancio Magin.....	»
2	3	Vivir muriendo..............	3	José Sanchez Arjona.	»
11	1	Cruz y corona—d. o. v.......	4	José G. de Cabiedes..	»
6	3	María Stuardo—d. o. v.......	4	J. Campo Arana......	»

ZARZUELAS.

5	1	Camoens—d. o. v...........	1	Sres. Zapata y Marqués.	L. y M
4	2	Celos, veneno y suegra.......	1	D. José Olier..........	L.
		En la calle de Toledo........	1	Sres. B. de Cortes.......	L.
	1	La niñera...................	1	D. Luis Pacheco.......	L.
»	»	La venta del Pillo, *tonadilla*..	1	Est., Chueca y Valv..	L. y M.
		Los dos cazadores............	1	Ricardo Caballero...	L.
	2	Perdigon en Hamburgo......	1	D. Leandro T. Pastor...	L.
	6	El diablo en la Abadía.......	2	Sres. Almela y Mangiagalli	L. y M.
	4	El padrino.................	2	Trinchant y P. Castro	L.
	3	Historias y cuentos,.........	2	Pina Dom. y Rubio..	L. y M.
	2 c.	El anillo de hierro—d. o. v....	3	Zapata y Marqués...	L. y M.
	3 c.	El campanero de Begoña.....	3	Pina y Breton......	L. y M.
		La banda del rey...........	3	D. José Casares........	½ M.
	3 c.	La dama blanca.............	3	Sres. Moran y Andilla...	L.
	4	Las dos Princesas...........	3	Ramos y Pina......	L.
		¡Vivan las caenas!..........	3	D. José Rogel.........	M.

NOTA.—Ha dejado de pertenecer á esta Galería, la comedia en un acto titulada *Una chica alemana,* la música de la de tres actos *La fiesta del hogar* y el libreto de las zarzuelas *Juana, Juanita y Juanilla* y *Sobre ascuas.*

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, y de *M. Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.